

tes á los niños pobres. Son esas que iluminan y engalanan sus salones para que baile en ellos lo más escogidito de Valencia y sus contornos.

Cuando el torero significaba algo en nuestro carácter nacional, esa misma gente de buen tono fundó una sociedad taurina de la que fueron "maestros,, *Lagartijo*, *Frascuero* y *Cara-Ancha*. Y allí se dieron inolvidables fiestas, á las que acudían las señoras luciendo el clásico traje corto, viniendo á ser las primeras figuras de un cuadro que por marco tenía muros de flores.

Esa gente ilustrada, distinguida, culta, es lo que da carácter á las corridas valencianas. Sin ser flamenca ni rozarse con la torería, agasaja á los matadores contratados y les ofrece sus carruajes para ir á la plaza.

Y el amor al espectáculo, la intuición de lo que debe ser, no dando un mentís á su historia y á sus tradiciones, está en la gente culta, no en el populacho. Así es que éste, á pesar de sus gritos,

sus vociferaciones y su aparente dominio en la plaza, no influye en el carácter de la fiesta. De hacerlo, no sería ciertamente lo que es hoy, un espectáculo hermoso, al que da realce todo lo que en Valencia tiene alguna significación.

Y á ensalzar las corridas, á mantenerlas siempre, á que nunca decaigan, vinieron *Las astas del toro*, *Los Cuernos*, *La Lidia de Valencia*, *El Toreo Valenciano*, *La Muleta*, *La Puntilla*, *El Quiebro*, *El Nuevo Quiebro*, *El Taurino*, *El Toreo de Valencia*, *El Toreo Valenciano* y *El Varetazo*, periódicos que han visto la luz pública en Valencia y no se deben á esos golios del periodismo que embozzan cuartillas para ver de sacar unas cuantas pesetas, sino á publicistas que sienten amor por las corridas de toros y las defienden con vehemencia.

El aspecto del circo valenciano en las corridas de julio es indescriptible. Por mucho que se dijera de aquellos palcos llenos de mujeres hermosísimas, que lucen mantillas blancas y ricos trajes de seda,

de aquellos tendidos repletos de hombres y mujeres del pueblo, ellas con sus peinetas, sus largos pendientes, sus vistosos pañuelos *al talle*, sus gargantillas de cuentas, y ellos con sus blancas camisas y sus pañuelos de seda...; por mucho que se dijese de aquel conjunto en que se mezclan los hijos del país y los forasteros, en que el sombrero cordobés y el de paja se confunden con los pañuelos y las *peinas*; por mucho que se recargase de luz y de color, la copia de este cuadro no daría idea del natural.

Sólo viéndolo puede apreciarse.

Por eso he de repetir aquí lo dicho en otro lugar: Id á verlo.



BILBAO



Capítulo XXI

Merecidos encomios.—El heroísmo de la población.—
La conciencia de su valer.—Justificada presunción.
—El arte en Bilbao.—Las corridas de toros.—Su
renombre.—Alegría.—Sin tradición.—La fiesta de
novillos en Vizcaya.—Un «juste de Montes.—Anéc-
dota.—Periódicos taurinos.—Lo que son las corri-
das en Bilbao.



BILBAO es un pueblo activo y tra-
bajador, formado por una raza
vigorosa que siempre tuvo espe-
ciales usos y costumbres especiales

No sé cuántos calificativos encomiás-
ticos se anteponen *oficialmente* al nom-
bre de esa Villa; pero sí sé que España
entera la concede los de heroica y libe-

ral, ganados en buena lid. Sé también que durante aquel memorable sitio, en que recibió de los carlistas nada menos que 6.580 proyectiles huecos, 10.378 balas rasas y 715 disparos de metralla, demostró un valor, una constancia, una tenacidad al defenderse que no superó ningún otro pueblo. Y al ver sus baterías destrozadas, sus casas destruídas, sus almacenes incendiados, aún tenía humor de fijar rótulos como el de *Batería de la muerte*, que citan todos los modernos historiadores y que parece un emblema del menosprecio á la vida.

Tal fué el heroísmo de la población, que cuando después de terribles asedios, hubo de recibir el socorro de las tropas liberales, resonó en las Cortes un grito de entusiasmo y se pronunciaron estas hermosas palabras en honor de los sitiados y sus libertadores:

“Con tales jefes y soldados, señores, nada es imposible, nada difícil; se hace cuanto se quiere, se manda al destino y

se escala hasta el cielo, realizando la fábula de los titanes.,,

Los bilbaínos saben esto, saben también que es de hierro el corazón de sus montañas y llegan á ese corazón, lo arrancan, lo funden, lo transforman á su antojo, cargan con él los vapores que surcan los mares y los trenes que cruzan la tierra y hacen que el nombre de Bilbao sea conocido en todo el mundo.

No ignoran, no, los bilbaínos todo lo que significan en la moderna sociedad; no desconocen que aquella masa de obreros que allí vive y lucha, es la misma que lucha y vive en los grandes centros fabriles del extranjero; es la misma que lleva impresas en el alma las ideas socialistas, de las cuales espera su redención; es la misma que tiene en jaque á los gobiernos y les obliga á meditar sus actos. Y una población que tiene esa masa y puede moverla en determinados sentidos, es siempre temible.

Bilbao sabe esto, conoce su importancia mercantil y su influencia política,

y..., lo diremos francamente, se pone moños.

Es una buena moza á quien fascinó su propia hermosura y se hizo presumida.

Bilbao presume, y ante todo y por encima de todo, presume de rica. ¿Que lo hace con motivo? eso nadie lo ignora; pero lo hace y se siente orgullosa cuando envidian sus millones.

Los pone siempre de manifiesto, y no se conforma con la idea de que alguien pueda dudar que existen.

Cuando rivales poderosos se han disputado un acta, ésta representaba fabulosas sumas.

Si Bilbao tiene alguna debilidad, es esa, la de pasar por rica; debilidad bien disculpable al lado de tantas virtudes.

Y á esa debilidad obedecen muchos de sus actos en el terreno del arte.

¿Hay en Madrid compañías de ópera que arruinan á las empresas y enriquecen á los artistas? pues hay que llevarlas á Bilbao á toda costa, y á Bilbao van,

y allí actúan una pequeña temporada al fin de satisfacer el justificado orgullo de la villa.

Y no los déis óperas antiguas y de mezquino espectáculo; dadles las nuevas, las que *se hacen* en Madrid y atraen al gran mundo, y, sobre todo, hacedle oír las obras de Wagner.

¿Es que el público bilbaíno está compuesto, en su mayoría, de aficionados á la música que tienen una esmeradísima educación artística y pueden apreciar en su justo valor la importancia del drama wagneriano? Nada de eso; si así fuera, llenaría todas las noches el teatro, acudiría afanoso á escuchar esas notabilidades que tan caras le cuestan y habría allí más representaciones de ópera.

Cada población tiene su tipo: la bilbaina es esencialmente comercial. Y no se halla en las mejores condiciones de apreciar las excelencias de una moderna partitura quien vive del trabajo y para el trabajo, y está pensando constante-

mente, en facturas, expediciones, toneladas y fletes.

La ópera con excelentes artistas es para Bilbao un lujo que puede costear y lo costea.

Algo parecido ocurre con las corridas de toros.

Las cuatro que celebra anualmente y empiezan el primer domingo después de la Virgen de Agosto son espléndidas.

Figuran en primer término entre las mejores de España, porque no se regatea el precio del ganado, porque como en Valencia, se dan también premios á los ganaderos, porque al confeccionar el cartel sólo se piensa en llevar allí lo más saliente entre lo bueno, cueste lo que costare. Y los aficionados de todas partes acuden á Bilbao por ver esas corridas.

La población en masa se viste de fiesta; su Gran Vía es un hervidero de gente; el Arenal se ve invadido por una multitud que lleva la alegría en la cara;

suspende el fabricante sus tareas, da asueto á sus operarios y uno y otros van á engrosar aquella bulliciosa multitud; se verifican concursos de *Aurreskularis* y *Ezpatadanzaris*; el Suizo se colma de gentes que esperan la hora de la corrida, hablan de toros y toreros, comentan, discuten, gritan y no dan paz á las gargantas.

Esa indescriptible animación que anuncia una corrida de toros esperada con afán, se refleja en todas partes.

En la plaza el bullicio aumenta, la alegría se hace contagiosa, y cuando terminadas las fiestas, en la soledad de vuestro gabinete os entregais al descanso, aún veis, como si un cinematógrafo lo reprodujese allí, aquel pintoresco cuadro en el que se dibujan lindas mujeres ricamente ataviadas, hombres vigorosos que son el nervio de la villa y *señoritos* forasteros, para los cuales Bilbao no es más que una ciudad muy simpática que celebra cuatro grandes corridas de toros.

Pues bien, esas corridas se deben á la justificada vanidad de los bilbainos. Ellos no entienden de toros ni entendieron nunca: la fiesta en su país carece de abolengo, de historia y de tradición: es de ayer.

No busqueis en Bilbao el caballeresco espectáculo de los nobles lidiando toros y derrochando sus fortunas en la fiesta. Eso no lo tiene Bilbao. Entre los innumerables impresos que describen las funciones de toros celebradas en España hasta fines del pasado siglo, no he visto uno solo que se refiera á la capital de Vizcaya y eso que los hay concernientes á lugares como Pinto, Chinchón, Navalcarnero y Meco.

Solo hallo la reseña de una función mixta de novillos y toros verificada en 1703 con motivo del cumpleaños del rey.

Vizcaya tuvo, sí, la fiesta de novillos; pero más como diversión del pueblo que como espectáculo propiamente dicho. Y las novilladas con aquel carácter son muy añejas entre los vizcaínos. “Desde

muy antiguo—dice un cronista—gozan de merecida fama en Valmaseda. Por morir en 1599, de la peste, 700 personas, no se celebraron toros, según costumbre, los días de San Juan y de San Pedro; pero se corrieron el día de San Severino, no obstante la mortandad y ser tan grande la miseria pública, que para remediarla en parte hubo de empeñarse hasta la cruz de plata de la iglesia.,,

Con la prosperidad de Bilbao, con el prurito de manifestar su riqueza, tomaron incremento las corridas de toros hasta llegar á las citadas anteriormente.

Ya en tiempos de Montes, cuando éste era solicitado con empeño por todas las empresas, pagó Bilbao al célebre diestro cinco mil duros *libres*, por cinco corridas, ajuste que, como dice Sánchez Neira, “fué calificado de escandaloso y usurario.,,

Y entonces lo era sin género de duda; pero los bilbaínos querían á Montes y habrían pagado todo lo que D. Alejan-

dro Latorre, administrador del espada, hubiera exigido.

¿Podían en Bilbao apreciar á Montes? No; pero sabían que era el *Napoleón de los tcreros*, el ídolo del público, y había que llevarle á la capital de Vizcaya, haciendo alarde de arrojar unos cuantos miles de pesetas por satisfacer un empeño.

Que no comprendían las faenas de Montes los que tan excesivamente las pagaban, lo dicen algunos buenos aficionados de entonces que aún conservan la memoria. Y se cuenta que una de las tardes salió al redondel un bicho ladrón, que se colaba en cada pase, que alargaba el pescuezo, que desparramaba la vista, que “echaba la cabeza por los suelos,, que desafiaba, que se cernía, un *pregonao*, en fin.

Paquiro *sudó tinta* para arreglar el pavo; empleó con él una brega de maestro, lo consintió, lo desengañó, le dió siempre la cara y lo mató de frente, sin recurrir á malas artes.

El público bilbaíno se aburrió soberanamente con aquella faena.

Cuando jadeante y fatigado el espada llegó al estribo, unos pocos aficionados madrileños que estaban en barrera y habían aplaudido de verdad á Montes le dijeron:

—¡Pero hombre! ¿Por qué no largó usted á ese toro un metisaca en los bajos? ¿No vé usted que aquí no entienden una jota y es una majadería exponerse á un desavío por esta gente?

A lo que replicó el diestro:

—¿Hay entre todo el público un inteligente, uno sólo? Pues para él trabajo. Esa es mi obligación.

Esta anécdota, muy conocida de los buenos aficionados y ya publicada en algunas revistas, prueba además de la conciencia *torera* de *Paquiro*, lo poquito que entienden de toros los bilbaínos.

Y, sin embargo, desde entonces las corridas de toros en la capital de Vizcaya fueron en auge, y andando el tiempo se publicaron allí periódicos taurinos

tales como *El Resumen* en 1885, *Los Toros* en 1888, *El Tío Chironi* en 1890, *El Toreo Bilbaíno* en 1891, *La Revista* en 1896, *Bilbao Taurino* y *Vista Alegre* en 1897.

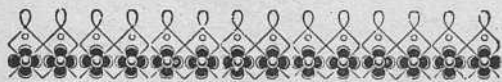
Todos ellos, como no podía menos de suceder, vivieron muy poco, y si alguno existe actualmente, es por ese afán innato en los bilbaínos de tener todo lo que tengan en otras capitales de importancia.

Tal es Bilbao, y las magníficas corridas celebradas en agosto á eso obedecen; gozan de verdadero nombre entre los aficionados, son dignas de verse, merecen las molestias de un viaje en plena canícula; pero no tienen historia ni tradición; no representan nada en nuestro espectáculo.

Este, en Bilbao, es como alhaja de precio que se encarga á un diamantista: cualquier ricachón puede tener otra igual.



SAN SEBASTIÁN



Capítulo XXII

Vizcainos y guipuzcoanos.—Protesta del P. Larra-
mendi.—Contradicciones.—Los primitivos guipuz-
coanos.—Notas históricas.—¿Fué Guipúzcoa con-
quistada por los castellanos?—Al cabo de los años
mil.—Divergencias.—Los bandos *oñacino* y *gam-
baino*.—Carácter de los antiguos guipuzcoanos.—
Por sus fueros.—Emigraciones.—Adaptación de
agenas costumbres.



DURANTE mucho tiempo, el vulgo y algunas gentes que no forman en él, llamaban vizcainos lo mismo á los habitantes de Vizcaya que á los de Alava, Guipúzcoa y parte de Navarra.

Esto traía á mal traer á los guipuzcoanos que, sin menospreciar á los de

Vizcaya, querían, con razón, que cada palo aguantase su vela y no les pusieran *motes*.

El padre Larramendi, jesuita que nunca se mordió la lengua, arremete contra los que llaman vizcaínos á los de las provincias vascongadas y hasta escribe en su *Corografía de Guipúzcoa* el siguiente parrafillo:

“Dijo un predicador en Madrid: *Nació San Ignacio de Loyola en Vizcaya*, y le interrumpió otro: miente, voto á Cristo, que no nació sino en Guipúzcoa, donde está Azpeitia y en su jurisdicción Loyola. Si fueran de ese humor los demás guipuzcoanos, dieran su corrección á los que los tratan de vizcaínos. Pero lo miran con tal indiferencia que callan, viendo que á las cartas de San Sebastián y de otros lugares de Guipúzcoa un correo ignorante las sella con la estampilla de *Vizcaya*.,,

Tiene razón para enfadarse el buen jesuita. A cada cual lo suyo. No es cosa de que por beber en malas fuentes todo

se meta á barato y se haga un pisto histórico con esas cuatro provincias que hablan el vascuence.

Y existe ¡vaya si existe! el tal pisto. En lo poco que el autor de esta obra ha hojeado para estudiar la historia, el carácter y las costumbres de los guipuzcoanos á fin de relacionarlo con la fiesta taurina, hay cada contradicción y cada enredo que espanta.

Afortunadamente no se trata aquí de un libro de historia, pues si se tratara habría que echarse á temblar, á no hacer lo de cierto profesor, que al explicar el origen de cada pueblo decía siempre:

—Se pierde en la noche de los tiempos; unos atribuyen su fundación á los celtas, otros á los fenicios, otros á los romanos, otros á los griegos, etc. Yo no he formado todavía mi composición de lugar. Puede que todos aciertén.

Averígüelo Vargas, diría aquel profesor: allá los historiadores; digo yo para mis adentros y sigo adelante.

Parece probable que los *euskaldunac* se establecieran, creciesen y se multiplicaran en las vertientes de los Pirineos, donde los hallamos hoy, donde los visitamos en el estío y donde pasamos un par de meses huyendo del calor madrileño ó del *mal papel* que la moda asigna á los que no salen á veranear.

Se tiene por verdad inconcusa que los primitivos guipuzcoanos no fueron politeistas como tantos otros pueblos de aquel entonces, sino que creían en un Dios único á quien designaban con el nombre de *Jaon-Goicoa* (señor de lo alto).

De cómo se gobernaron al principio, se ha escrito mucho y se ha fantaseado más. Desde “los señores soberanos (*Jauriac*) hasta la gran behetría, con facultad de mudar de señor al día siete veces,, jéchele usted guindas á la Tarasca!

El primer señor de que habla la historia es García Azenariz, y tenía á Guipúzcoa como honor concedido por el rey D. Sancho.

En el siglo XI la mayor parte de Guipúzcoa pertenecía á Navarra; pero desde 1076, después del asesinato de D. Sancho el de Peñaldez, hallamos á Guipúzcoa unida á Castilla.

Tornó (como diría Castelar) Guipúzcoa á Navarra en 1123 por las divisiones entre D. Alfonso *el Batallador* y su esposa D.^a Urraca, y en 1200 se unió de nuevo y para siempre á Castilla.

Y aquí vuelven las divergencias de los cronistas, pues mientras unos suponen que Guipúzcoa fué conquistada, otros afirman que no hubo tal victoria ni tales carneros, sino que los guipuzcoanos “se dieron,, graciosamente á Castilla. De modo que si tratándose de un hecho ocurrido hace seis siglos, no están de acuerdo los historiadores ¡calculen ustedes lo que pasará remontándonos á los tiempos primitivos!

Conquistada ó no por el castellano (todo hace creer lo segundo), Guipúzcoa siguió la suerte de Castilla y la ayudó siempre en sus grandes empresas.

Cuando en 1331, reinando en Francia y Navarra Carlos *el Hermoso* luchó éste con Guipúzcoa por la posesión del Castillo de Gorrití, la victoria se declaró por los guipuzcoanos, y al dar cuenta de ella los vates de entonces, afirman casi con orgullo que han vuelto á ser de Castilla.

*“Milla urte igarota
Ura bere bidean.
Guipuzcoarrac sartu dira,
Gaztelecu echean.
Nafarraquin batu dira,
Beotibarren pelean.,,*

Lo que, según la traducción de Iriarte, quiere decir:

Al cabo de los años mil, vuelve el agua á su cubil.

Por eso los guipuzcoanos han vuelto á ser castellanos. Y se han topado en Beotivar con los navarros.

Así como en otras regiones hablar de la capital es hacerlo de la provincia, porque una y otra sufrieron las mismas vicisitudes, en Guipúzcoa no sucede lo propio.

Se ha visto v. gr. á San Sebastián y Guetaria defender la causa del rey Don Pedro mientras el resto de la provincia se declaraba por D. Enrique. Y en tiempo de las comunidades, San Sebastián estuvo por el emperador y le negaron sus recursos otros pueblos de la región.

Por un quítame allá esas pajas venían á las manos los habitantes de unos y otros pueblos de Guipúzcoa, y se formaban bandos que se hacían una guerra encarnizada.

Las disputas entre San Sebastián y Rentería sobre el canal de Pasajes, "fueron causa de que en poco tiempo muriesen 100 hombres de los principales de la provincia,,.

Pero eso es una bicoca al lado de los famosos bandos *oñacino* y *gamboino* que nacieron de una puerilidad ridícula y vinieron á ser algo así como los *capuletos* y *montescos* de Guipúzcoa.

Hé aquí lo que acerca del particular escribe un cronista:

"Juntábanse los guipuzcoanos en 1.º

de mayo en cofradía y llevaban á la iglesia grandes velas de cera de tres quintales, para cuyo enorme peso tenían que valerse de andas, que de otro modo fuera imposible; oían misa y celebraban el día con la ofrenda de las velas, concluyendo con grandes comidas ó meriendas. Semejante costumbre, que por largos años había durado en santa paz, llegó á alterarse por causa que si estremadamente futil trajo á Guipúzcoa males sin cuento. Como ya hemos dicho, el enorme peso de la vela obligaba á las cofradías á llevarlas en andas; mas unos querían llevarla en alto sobre los hombros y otros decían que mejor era en la mano. Leve motivo, en verdad, para un comienzo de disputa; mas ésta llegó á tal punto, que mientras unos gritaban *Goien-boa*, esto es, vaya arriba en los hombros, contestaban los otros *Oyñez-boa*, á pie vaya, dando á entender que era mejor llevar la vela de la mano y por bajo. Los gritos de *Goien-boa* y *Oyñez-boa* llegan á encender la

sangre de unos y otros, de manera que acaban por venir á las manos.,,

“De aquella disputa--dicen--nacieron los bandos de Oñez y Gamboa que tan largas y rencorosas enemistades mantuvieron por largo tiempo en tierra vascongada.,,

*
*
*

Lo dicho basta y sobra á pintar el carácter de los antiguos guipuzcoanos.

Eran valientes hasta la exageración, no conocían el peligro, se mataban por una frutesa y no miraban si aquel con quien reñían era paisano ó extranjero.

Sus excursiones por mar las sabe Europa entera. Desde los sencillos pescadores de ballenas, que asombraron por su arrojo, hasta Sebastián del Cano, que fué el primero en dar la vuelta al mundo, y Churruca, que antes de salir para el combate de Trafalgar escribía á un amigo estas palabras: “*si oyes decir que*

mi navío es prisionero, cree firmemente que he muerto..., las hazañas de los guipuzcoanos vivirán siempre.

Batallaron con tesón por sus fueros y privilegios y puede decirse que cada lugar tuvo los suyos.

Y para que se vea cómo las gastaban en este punto, ahí está, entre otros, aquel famoso capítulo II del título XXIX el cual dispone "que si algún señor ó gente extranjera, ó algún pariente mayor de esta provincia, ó fuera de ella, so color de algunas cartas ó provisiones del rey nuestro Señor, que primero en juntas no sean vistas, ó por ella y su mayor parte mandadas ejecutar, ó algún merino ó ejecutor cometiese alguna cosa que sea desafuero, é contra los privilegios é castas, é provisiones que del dicho señor rey tiene la provincia, é tentase de facer algo á algún vecino, é vecinos de las villas y lugares; que no le consientan facer ni cumplir semejante ejecución, antes que le resistan, é si buenamente no se quisiesen desistir que lo maten; é

que á los matadores, ó feridores sostengan todas las dichas villas.,,

No ha sido Guipúzcoa un país que se ha significado por el excesivo amor al terruño.

El carácter aventurero, el deseo de combatir, la vista constante del mar invitándoles á conocer otros países, á enseñorearse de otros lugares les hizo frecuentemente abandonar el suyo, y de ahí esas continuas emigraciones que tanto dieron que pensar á los hombres de Estado.

Con ser Guipúzcoa un país montañoso, los guipuzcoanos tienen muy poco de montañeses.

Ya lo dice el autor de la *Corografía de Guipúzcoa*. “Es Guipúzcoa tierra montuosa, con muchísimos montes y eminencias altísimas, y todas con sus nombres propios. Pudiera llamarse un principio ó arranque perezoso de los Pirineos, que después, entrándose en Navarra, brotan con más prisa y frecuencia aquellos barrancosos horrendos

montañas que se elevan á más alta atmósfera que los Alpes y Alpinos y otros de toda Europa. Pero si ha de llamarse Pirineo la Guipúzcoa, para no faltar á la verdad, ha de ser con la restricción de Pirineo moderado, suave, deleitable.,,

¿Habrá influido esa configuración del terreno en el carácter de los guipuzcoanos como algunos pretenden? ¡Vaya usted á saberlo! Lo cierto es que no sienten esa nostalgia que mata á los montañeses; la verdad es que han cruzado el mar, que han peleado en Flandes, en Italia, en Francia, en todas partes y de todos los pueblos hicieron el suyo.

No se encastillaron como otros en sus típicas costumbres, sino que dieron paso fácilmente á las ajenas, perdiendo lo que era característico por lo que estaba cortado á patrón y servía para todos.

Pero no quiero ahora poner nada de mi cosecha: á Larramendi me atengo y éste, que ensalza á Guipúzcoa como se

merece, que tiene por nobles á todos los guipuzcoanos, “no sólo en Guipúzcoa, sino para toda España y todo el mundo,, se lamenta de esa facilidad en seguir ajenas corrientes.

Veamos cómo se expresa el jesuita.





Capítulo XXIII

Un varapalo de un jesuita.—¡Fuera maliciosas observaciones!—Copiando á otros pueblos.—La influencia francesa.—El casino.—Para los forasteros.—La vida de la población.—Los toros en el programa de festejos.



CIERTAMENTE que no le duelen prendas al ignaciano; arremete contra los que tan fácilmente siguen la moda de otros países y les zurra á sus anchas.

Véase la clase:

“Ellos son monos unos de otros y todos lo son de franceses y castellanos. De pies á cabeza se han de vestir á la mo-

da de Francia ó de Castilla. Camisas, camisolas, corbatines, pelucas, peluquines de tantos modos y figuras, sombreros de esta manera y de la otra, y á la prusiana ó chamberí, con sus tres mocos de candil de garabato; chupas, casacas y emballenadas, redingots, surtues, nombres que sustituyen al español *sobretudo*; y ahora el embeleco de los capingotes: todo con el pretexto de defenderse del frío. Marisijas, que así dejen de sus antepasados y los desacreditan.

“Vestidos de verano y dobles; vestidos de invierno y duplicados: y si dan en Francia en vestidos de primavera y vestidos de otoño, cada estación en Guipúzcoa tendrá nuevos vestidos y nuevas modas. Pues ¿qué diré de las batas ó ropas de mañana, ya en invierno de una tela, ya en verano de otra? ¿Qué de los gorros y sus diferencias? Esta materia suele ponerme de mal humor y no quiero proseguirla.

„Aquí los rodetes y agujas; pero ya

se destierran: que antes de tiempo hacen calvas y viejas. Aquí los peinados de papillota, borrego y qué sé yo otros nombres, y peluquitas como de hombres, sufriendo que un peluquero, tal vez asqueroso, con sus manos y hierros calientes la ensortije á trocitos el cabello y se lo empapele: que si por papelillos se valiesen de plumas, parecerían emplumadas; aguantando toda la noche este tormento de cabeza, con miedo de moverla porque no se deshagan sus sortijones; gastando después por la mañana horas enteras en despapelarlos, esponjarlos, redondearlos, á diligencias y raras muecas y movimientos del peluquero, que ya con la una mano á la derecha, ya con la otra á la siniestra, ya de frente con ambas, pone los rollitos huecos en proporción y simetría y los examina á todo su placer.

„Si en Castilla los guantes, los mantos, las bandas, las redes, las cofias, las cintas, los lazos y cumplido el mundo mujeril mírenlo todo en Guipúzcoa. Y

no me digan que no son muchas estas *andiquesas*. Sobradas son para el escándalo, para mis quejas é impaciencias y para la ruina de sus casas. Tampoco me digan que no andan tan descubiertas, descolladas, despechonas, inmodestas, indecentes. Esto es así; pero perdida una vez la vergüenza á tantas locuras y modas, no tardará en ser moda la indecencia, la inmodestia y la desvergüenza.,,

Omitiendo las maliciosas observaciones que á cualquiera le ocurren al hallar tan enterado de esas cosas mujerieles á un jesuita, especialmente cuando pinta á las guipuzcuanas “aguantando toda la noche ese tormento de cabeza con miedo á volverla,, y cuando retrata las operaciones materiales de esponjar, desempapelar y redondear los rizos, prueba evidente que se hallaba muy cerca para ver todas estas “prácticas,,; omitiendo, repito, comentarios poco caritativos, lo cierto es que por la pintura del *padre* vemos ya á San Sebastián

seguir exageradamente las modas de otros países hace siglo y medio.

Desde entonces la corriente fué engrosándose más y más, y después del saqueo é incendio de la villa en agosto de 1813, San Sebastián perdió su tipo y tomó el de cualquier población á la moderna.

Se han hecho grandes avenidas, soberbios *bulevares*, hermosos edificios; se ha ensanchado la población, se ha embellecido, se ha puesto traje nuevo cortado á la *derniere* y por todas partes se respira el lujo y el *comfort*.

No busquéis las antiguas costumbres, no las hallaréis; salvo algún *cecenzusco* (toro de fuego) que aún divierte á los campesinos, y tal cual toro *ensogado* que suelen correr en determinadas ocasiones, lo demás, ó ha muerto ó cambió tanto, que apenas es conocido.

Hoy San Sebastián parece una villa francesa. Capitales franceses explotan muchas de sus industrias; montados completamente á la francesa están sus

hoteles y sus comercios; en Francia se viste la mayor parte de la ciudad y en todo se copia el patrón francés.

Se edifica un casino y no se le hace pura y exclusivamente para San Sebastián. No es la casa de los donostiarra; no es el círculo donde se reúnen los amigos, los paisanos, los parientes, los que están ligados por vínculos de raza que hacen de todos aquellos una gran familia, la cual tiene su domicilio allí, en el círculo, y en sus salones brindan juntos al beber y allí juegan honestamente y allí leen y allí pasan la velada.

No; se levanta un edificio inmenso, se gasta un dineral en adornarle, se construye un casino á la altura de los mejores del mundo, un casino donde nada falta; pero no es de la población; ésta apenas lo visita; casi casi es allí una extranjera. Es para los huéspedes del verano; es para los franceses, para los ingleses, para los rusos, para los madrileños, para todos quizá, menos para los donostiarra, que ven satisfechos

la prosperidad de aquel palacio donde se liquidan muchas fortunas, donde se hace gala del lujo, donde una orquesta que no es del país interpreta las obras del genio y donde los artistas de todas partes acuden para hacerse oír y ganar unos miles de francos; y lo ven satisfechos, porque esa prosperidad del casino redunda en beneficio de la población; porque aquel riachuelo de oro que allí nace no muere allí, sino que se extiende por la ciudad, y á todos beneficia.

San Sebastián vive del verano y por el verano.

Entonces alquila sus habitaciones, vende sus mercancías, explota su playa, su concha y su envidiable ambiente; entonces eleva el precio de los artículos de consumo; entonces copia en todo y por todo á sus vecinos, y como ellos se reduce, se estrecha, vive modestamente durante la estación y presta sus muebles, sus vajillas, su ropa, su ajuar al que mejor lo pague, al que más rendimientos le produzca.

Y cuando el tren se lleva á los últimos veraneantes, cuando cesa el bullicio la animación y las fiestas, la ciudad liquida sus beneficios y sólo piensa en hacerlos mayores al año siguiente.

Las corridas de toros siguen esa pendiente, van á sumarse con los atractivos que la población ofrece á sus visitantes, son un número más en el programa de festejos, un aliciente para atraer forasteros y retenerlos el mayor tiempo posible.





Capítulo XXIV

La antigua fiesta de toros en Guipúzcoa.—Vuelta al P. Larramendi.—Jesuita *flamenco*.—Afición al espectáculo.—Estancamiento.—Explotación de la fiesta.—La plaza.—Arana.—Su popularidad.—La confección de los carteles.—Prodigalidad del reclamo.—Aspecto de San Sebastián en día de toros.—Un cuadro sin luz.—Recuerdos de una corrida *aguada*.—Un público cosmopolita.—Los no inteligentes.—Sin carácter propio.



Es muy antigua la fiesta de toros entre los guipuzcoanos, la vieron en otras partes y encontrando en ella un medio de probar su agilidad y sus bríos la implantaron en el país.

Nunca tuvo ese carácter de sangrienta lucha que en medio de su barbarie la

hizo grandiosa desde un principio. En Guipúzcoa se la consideró como una diversión popular, como un *juego* animado, alegre y lleno de peripecias.

El lidiar toros era para los guipuzcoanos un ejercicio como el jugar á la pelota, tirar á la barra, esgrimir el palo y otros muchos de esa índole: como ejercicio lo consideraron y como tal lo tuvieron aficionándose tanto que lo preferían á todo.

“Las fiestas en que no hay corridas de toros—dice Larramendi—apenas se tienen por fiestas, aunque haya la mayor alegría del mundo: y si hay toros luego se despueblan los lugares para verlas; y no sé cuando se ha pegado á los guipuzcoanos esta manía y bárbaro gusto de toros y moros, común á los demás españoles: y es tal y tan grande esta afición que, como se dijo por chiste de las de Salamanca, si en el cielo se corrieran toros los guipuzcoanos todos fueran santos por irlos á ver en el cielo. En ocasiones especiales se traen toros de

Castilla y Navarra, fieros, y que con su catadura solo espantan; pero en las fiestas ordinarias y anuales se corren toros del país. Los de Castilla y Navarra siempre son toros de muerte; no así los del país, que acabada la corrida los llevan al monte y sus caseríos. Y para los toros de Navarra y Castilla se traen asalariados toreadores de allí mismo y que viven de este oficio tan peligroso. En Guipúzcoa, con toda la afición que hay á toros, de solo uno he oído que se metió á torero de oficio, que llamaban *Chambergo*. Es de ver capear á un fiero toro y la destreza con que evitan sus acometidas sacando la capa, ya de un lado, ya del otro, ya por arriba, ya por abajo, repitiendo las suertes hasta dejar rendido al toro. Esto, que es digno de verse en un diestro toreador, no se permite en Guipúzcoa, como que es cosa fácil y que solo sirve para marear al bruto. Empiezan á gritar: *fuera capa, fuera capa* y precisan á los desdichados á torear á cuerpo descubierto con dos

banderillas en las manos y á matar al toro sin más defensa que su estoque. A esto llaman destreza y debieran llamar barbarie y muy condenable, así en los guapos que la practican como en los cobardes que la miran de talanquera.,,

Algo de inteligencia taurina descubre el P. Larramendi en su escrito, pues aplaude el toreo de capa y censura á los que no lo quieren. De fijo que á pesar de su varapalo á la fiesta no sería el último en presenciarla, formando parte de aquellos célebres clérigos que se disfrazaban al ir á los toros, sin perjuicio de trinar desde el púlpito al día siguiente y lanzar toda clase de anatemas contra el espectáculo.

Que los guipuzcoanos hacían caso omiso de tales predicaciones y seguían con su afición á los toros lo prueba bien á las claras el hecho de haberse prohibido en sus famosos *ajuntamientos* “las fiestas de toros durante las juntas, aunque no otras diversiones de danzas, pelota y bueyes enmaromados.,,

Es decir, que aun tratándose de los grandes intereses encomendados á los junteros y no obstante ser éstos gente tenida por formal y seria había que prohibir las corridas de toros á la hora de aquellas sesiones, porque de lo contrario se corría el riesgo de ver tomar á los junteros el camino de la plaza, dejando desierto el local de la junta, cosa que no sucedía con otros espectáculos cualesquiera aunque fuesen de los más arraigados en la provincia.

Pero no acertó Guipúzcoa á comprender aquella fiesta por la que demostraba tal afición. Transcurrieron los años, vinieron en Madrid las famosas competencias entre los diestros más queridos del público; la aristocracia mimó y ensalzó á unos hombres que desde el matadero habían recogido un espectáculo abandonado por ella; llegó á intervenir el Consejo de Castilla en las contratas de los matadores; calificó la historia aquella época llamándola la de *pan y toros*, y Guipúzcoa seguía como hasta

entonces, considerando las corridas como una animada diversión y gritando siempre *¡fuera capas!* así el que capease fuese un *Lagartijo* de aquel tiempo.

No entraron en las corridas de toros, como no entra Madrid en las carreras de caballos, así se anuncien con bombo y platillos y se presente en la pista la flor y nata de los *favoritos*.

*
* *

Llegó á convertirse San Sebastián en el sitio predilecto de la *crema* durante el verano; llenáronse sus hoteles y sus casas; habitantes de casi todas las provincias españolas acudían allí; aumentaban los trenes las compañías; desembarcaban en la hermosa ciudad cientos y cientos de veraneantes que no llevaban más objeto que el de divertirse, y como era de rigor, se explotó el espectáculo taurino.

Un acaudalado comerciante que no entendía de toros, ni comprendía la

fiesta, la tomó á su cargo. Vió allí un negocio seguro y se decidió á emprenderle.

“Adquirió—dice el inolvidable Sánchez Neira—de la Compañía del ferrocarril del Norte, después de terminada la última guerra civil, unos terrenos cuya superficie excede de 10.500 metros cuadrados, y encargó al reputado arquitecto municipal de dicha ciudad, D. José Goicoa, la construcción de la plaza de toros, que se realizó con gran rapidez, empleando, no sólo á maestros y operarios de la localidad, sino de toda la provincia, por cuyo medio quedó terminada en el breve plazo de 27 días. En la tarde del 17 de julio de 1876 se verificó la corrida inaugural con toros de las ganaderías de Barbero y del Saltillo, estoqueados por el incomparable Salvador Sánchez (*Frascuero*) y Vicente García Villaverde.,,

“Comprende 10.000 localidades; en su primitiva construcción fué toda de madera, pero luego el tendido se susti-

tuyó por otro de piedra, las columnas interiores se hicieron de hierro y los muros exteriores de piedra y mampostería.,,

Antes tuvo San Sebastián otras plazas de toros; pero no se hicieron con el único fin de explotar el espectáculo: la de San Martín, v. gr., se transformaba en juego de pelota cuando no había corridas. Arana al construir el circo actual solo pensó en los rendimientos que había de conseguir él en primer término y la ciudad después.

Y aquel comerciante llegó á ser un gran aficionado á toros, un inteligente en el asunto, un propagandista de la fiesta y creció de día en día su popularidad y su nombre. No habrá seguramente ningún aficionado á toros de aquende y allende el Pirineo que no conozca personalmente ó por referencias á ese hombre modesto, afable, bonachón, cariñoso, simpático hasta más no poder y á quien tanto debe la capital de Guipúzcoa.

Arana quiere á toda costa que vaya mucha gente á sus corridas y las anuncia como anuncia sus artículos el francés de más desparpajo. No le habléis de la seriedad de la fiesta, ni de lo que supone, ni de lo que significa. Os diría seguramente: Eso será *por allá bajo*; aquí tiene otro tipo y así es preciso tomarla, sin meterse en dibujos.

¡Hay que ver el cartel de una corrida redactado por Arana! Se usan para ensalzar toros y toreros los más estupendos calificativos. Allí todo superior, incomparable, extraordinario, único, sin rival.

No hace mucho tiempo se repartió por el mediodía de Francia un anuncio en que se decía:

“Las corridas de San Sebastián han conquistado una reputación universal, porque ninguna economía se hace cuando se trata de ofrecer al público un espectáculo con todo el lujo y el esplendor que reclama, tanto por lo que se refiere á los toros, adquiridos entre los que más caros se venden, como por lo que respec-

ta á las cuadrillas, que son las que más en boga están en España. Los que no se quieran contentar con una parodia, no podrán nunca formarse idea del gran carácter de una corrida de toros sino yendo á San Sebastián.,,

Arana, casi nunca perdona la ocasión de ofrecer al público todo aquello que es de actualidad y puede llenar la plaza. ¿Hay algún novillero suicida que alborotó en Madrid y que se cotiza en alza? pues lo lleva á San Sebastián; ¿salen niños lidiadores y señoritas toreras? pues ya las tiene en ajuste para las próximas funciones; ¿se dan en algún circo corridas por la noche? pues á darlas en la capital de Guipúzcoa. La cuestión es traer novedades y jalearlas todo lo posible.

Se prodiga el anuncio y el reclamo, se mandan carteles al Mediodía de Francia y á todas las provincias de España, dando por seguro que el día de los toros, San Sebastián será un hervidero de gentes atraídas por el popular empresario.

Los franceses se procuran billetes en

Bayona ó Biarritz; nuestros más *conspicuos* revendedores se trasladan á San Sebastián en aquellos días; funciona incesantemente el telégrafo pidiendo localidades; por todas partes vienen demandas de barreras y palcos y se necesita ser Arana y tener su *sombra* para no enemistarse con media España.

El aspecto de San Sebastián en día de toros es animado si los hay. Llegan los trenes *de arriba* y *de abajo* atestados de viajeros, y éstos van á engrosar por un momento aquella masa humana que pasea por el *bulevar* y la Zurriola, andando perezosamente y en fila, detenidos á cada momento por los que marchan delante y empujados frecuentemente por los que vienen detrás.

Procurarse un almuerzo en tales días es un problema casi casi de tan difícil resolución como el de la cuadratura del círculo. Los hoteles, restaurants, pastelerías y tabernas, se hallan inabordables; para estar seguro de comer es preciso llevar la comida. Esto hacen no pocos

franceses que van á los toros como á un día de campo; buscan algún sitio pintoresco de los muchos con que les brindan los alrededores de la ciudad, se engullen los comestibles y *bebestibles* traídos al efecto, toman café (que eso sí se encuentra siempre) donde más les place, y se encaminan á la plaza marchando tranquilamente y embelesándose al ver pasar un sin fin de jardineras, *landaux*, brecks que llevan á la plaza lo más floridito de la capital y de sus huéspedes.

Sí; todo aquello es pintoresco, tiene color, todo aquello anima y alegra; aquel cordón de gentes de todas clases que, partiendo de la Zurriola, llega á las puertas del circo y se deshace allí para llenar todas las localidades, es digno de admirarse.

Pero es imposible contar nunca con el tiempo. Aquél país—como dice con sobrada justicia Larramendi—“es muy lluvioso, porque lo es su aire y su ambiente y son muy contados los días en que el cielo está raso todo el día;

porque con tantas fuentes, arroyos y ríos y la cercanía del mar, se levantan de repente unas nieblas que entoldan el aire, que ya sean altas ya bajas, nos desaparecen al sol y á todo el cielo y encontrándose unas con otras, porque les dan poco paso los montes, se engruesan á nubes y se horadan menudísimamente en lluvias.,,

Por eso el cuadro que nos presentan las corridas de San Sebastián es generalmente triste.

Este no es país de toros, repiten los aficionados, y tienen razón.

Una de las primeras veces que *Guerrita* toreó en San Sebastián, fué preciso suspender la corrida porque estuvo toda la tarde diluviando, y aquello—como decía el cordobés—*paesía la fin der mundo*. Al día siguiente había que dar la corrida so pena de que no torease Guerra, el cual no podía detenerse más tiempo. Y siguió el aguacero toda la noche y con él comenzó la siguiente mañana.

A la hora de los toros amainó un poco el temporal; los *chupinazos* de la empresa hicieron, como casi siempre, el milagro de disipar la lluvia y el público acudió á la plaza. Una verdadera legión de mozos *desaguó* el redondel, se vertieron allí á cientos las espuestas de arena y serrín, y comenzó la corrida.

Nunca se ha visto cuadro más triste tratándose de una fiesta. En el tendido se hallaban en pie los espectadores cubiertos con el impermeable, bien caladas las capuchas y teniendo á sus pies un charco de agua; la gente que ocupaba los palcos se había refugiado al interior por guarecerse de la menuda lluvia que empezó á caer desde el segundo toro y continuó cayendo hasta el último; entre barreras, los toreros que no tomaban parte en la lidia, se hallaban arrebujados en sus capotes, y en el redondel se hacía una brega precipitada, dejando los hombres, los caballos y el toro grandes surcos que imposibilitaban la lidia

y ponían en grave peligro á los lidiadores.

Todo era plumizo, triste, lleno de sombras. Diríase que asistíamos al entierro de nuestro espectáculo y que ya no volveríamos á verlo.

No; no son así todas las corridas en San Sebastián; también las hay con sol, con cielo despejado, con pura atmósfera y con cálido ambiente; pero se va á la plaza siempre mirando á las nubes y temblando siempre que agüen la fiesta.

Las figuras en aquel cuadro de fondo gris no son las características de nuestro espectáculo.

Allí se mezclan y se confunden los verdaderos aficionados españoles con extranjeros que en su vida se las han visto más gordas y no distinguen entre aquella tropa de lidiadores que se mueve en el redondel, quién es el espada y quién el puntillero. Allá se sienta la *cocotte* junto á la *casera* de San Sebastián; el sombrero de paja, la boina y el *mouchoir*

que cubre el rodete de las basquesas, andan en amable consorcio.

No; aquel cuadro no es el de una corrida verdaderamente española; tiene algo de cosmopolita que la da un tipo especial.

Se aplauden los bajonazos si la primera vez que el espada se arranca tumba al bicho; se aplauden las varas, aunque el piquero *moje* donde quiera, si el toro no hiere al caballo; entusiasman los descabellos como si fuesen el non plus de la habilidad, y en cambio se silba lo que debiera aplaudirse.

Claro está que los que esto hacen son los extranjeros y algunos veraneantes de San Sebastián que no ven al año más corridas que aquellas; pero entre unos y otros forman la mayoría, y todos gritan y vociferan á boca que pides, hasta que termina la corrida, ó antes de terminar—si la cosa no marcha con rapidez—dejan los extranjeros la plaza y corren á la estación del ferrocarril, donde asaltan los coches que han de llevarles á su tierra.

Y se van convencidos, como ya he apuntado, de que asistieron á una corrida genuinamente española en un circo español.

¡Qué disparate!

Las corridas de toros en San Sebastián responden á la historia y al carácter de sus habitantes. No son suyas como las de Navarra y otros pueblos; no tienen sello propio. Tienen el que las da un público heterogéneo, un público que no siente ni puede sentir nuestra fiesta, que no está en nuestras tradiciones y que no ve en el espectáculo más que la parte artística, la plástica, la peculiar de una función al aire libre.



 **SALAMANCA**



Capítulo XXV

A lo que debe Salamanca su nombre.—Privilegios.—Hoy como ayer.—Epoca de prosperidad.—Las corridas y el doctorado.—Toros en 1616.—Idem en 1629.—Por el natalicio de un príncipe.—En el siglo XVIII.—Mojigangas.—Una silueta que se borra.



SALAMANCA debe su nombre á la Universidad. Si no por ella, la población sería una de tantas como hay en nuestro país, más grande ó más chica, más fértil ó menos fértil; pero sin nada que la hubiera hecho conocida en el mundo entero.

A la Universidad debe su fama y por la Universidad tiene su *cartel*.

Bien puede estarle agradecida al noveno de los Alfonsos. Si no por él, adiós renombre y adiós importancia.

Mas plugo al rey citado fundar allí la Universidad y con ella dió vida y gloria á la población.

Alfonso IX concedió á los lectores (profesores) la exención de portazgos, y lo mismo hizo con los alumnos.

El papa Alejandro IV aumentó aquellos privilegios, y todos, cual más cual menos, se desvivían por “obsequiar,, á esta ciudad que llegó á ser en su época floreciente un cuerpo consultivo al que acudían los reyes cuando de asuntos difíciles se trataba.

En tiempos de Alfonso X se establecieron los mayores (rectores) y ¡vive Dios! que no deja de tener gracia llamar con el mismo nombre á los que entonces *conducían* la ciencia y á los que hoy conducen el ganado.

Muchas de las palabras que hoy empleamos con profusión, nacieron allí aunque algunas de ellas tengan ahora

diferente significado. A la gratificación otorgada en las disputas públicas (especie de academias) se llamó *propina* (¡ya ven ustedes qué á menos ha venido la cosa!) y á los convites ó meriendas con que eran obsequiados los estudiantes, á fin de comprarles el voto, se llamó *chupandinas*.

Es de advertir que los alumnos elegían, por votación, á los catedráticos. De modo que los chanchullos electorales, la compra del voto y la mixtificación del sufragio que creíamos hijos de estos menguados tiempos, eran ya moneda corriente hace algunos siglos. *Nihil novum sub sole*.

¡Hermoso período el de la prosperidad de Salamanca, aquel en que acudió á su Universidad lo más floridito de España y del extranjero, aquel en que al reunirse en la Corte los procuradores del reino para la jura del monarca los salmantinos estaban exentos de asistir y era el rey quien enviaba sus cartas al claustro para que de acuerdo con ellas

se verificase el juramento en la ciudad!

¡Hermoso período en el que había 70 cátedras y 10.000 estudiantes, en el cual los tasadores ó inspectores fijaban el precio que debían tener las casas para los alumnos; en el que se hacía correr á la ronda, se apaleaba á los corchetes y salían á relucir los aceros en las calles, por cualquier motivo, mientras en las cátedras podían los letrados exponer libremente sus ideas aunque luego fuese quemado el *púlpito*, si lo expuesto allí escandalizaba á la mayoría! Eso ocurrió con el canónigo Pedro de Osma, quien por meterse en honduras acerca de la confesión y el poder del papa vió arder *la tribuna* y tuvo que arrepentirse de lo dicho, si bien interiormente dijera como Galileo: *E pur si muove*.

Con aquella juventud valiente, noble, alegre y bulliciosa, huelga decir que las corridas de toros constituían el primer número en todo programa de festejos. Eran obligatorias en muchos casos,

y el grado de doctor—en el siglo xvi, al menos—llevó aparejada su *juerga* taurina. La ciudad sabia por excelencia llegó á disponer lo siguiente:

“Los doctores que se gradúen en esta ciudad, ocho días antes del grado se presenten en el Consistorio conforme á la muy antigua costumbre, y hagan el juramento y lo demás que siempre se ha hecho y den toros y comida y colación á la justicia y Regidores y Sesmeros y Caualleros, cumplida y honrosamente, y si fuere un Doctor solo dé cinco toros, y si dos ó más, cada uno quatro, y quando se presentare dexen en el Consistorio en poder del Escribano dél prendas para el cumplimiento de lo sobredicho, y no las buelva sin licencia del Comisario hasta ver si lo ha dado cumplida y honrosamente y si no se vendan y se cumpla bien como se deue.,,

¡Una futesa! Allí no valía comprar cuatro bueyes y soltarlos al ruedo; era necesario portarse bien ó renunciar á las prendas que en fianza quedaron.

¡Calcúlese el número de toros que se lidiarían en Salamanca si cada doctor había de dar cuatro por lo menos!

La mayor parte de las corridas celebradas allí no tuvo vate que las describiera; de otras se compusieron "relaciones,, al uso de la época, y esas relaciones han llegado hasta nosotros.

Cuando Felipe III "visitó el plantel de los ingenios,, dice un cronista que "revivieron para obsequiarle en inofensivo palenque, los añejos bandos caballerescos justando y corriendo toros ciento cincuenta de cada parte, los de San Benito vestían de carmesí y los de Santo Tomé de blanco y amarillo,,.

Trescientos caballeros justando y corriendo toros, no es cosa que se ve todos los días y bien merece esta cita.

En 1616 se celebró en la ciudad una corrida por el casamiento de SS. MM., y al quinto toro—según relata un historiador—"cuando estaba derramando la Universidad colaciones y monedas en abundancia, entró un caballero estu-

diante enmascarado, á caballo, vestido de negro y á la usanza del Cid, acompañado de otros siete también enmascarados,, todos los cuales dieron á los toros grandes lanzadas y no pequeñas cuchilladas.

También en la corrida de 1629 “hubo seis lanzadas, rejón á pie y algunas curiosas invenciones; todo por estudiantes,,. Y muy pronto debieron estos de acabar con los toros, cuanto la relación que describe la fiesta añade: “Por haber concluído temprano la corrida holgaron los de la *suiza ó rueda*, así como los que estaban prevenidos para desjarretar.,,

Salamanca, como otras muchas poblaciones, festejó en 1658 el natalicio del príncipe D. Felipe Próspero con soberbias funciones de toros, en las cuales hubo *suizas*, lanzadas de á pie, suerte de rejoncillos y vara larga,,; y sobre paños de terciopelo se pusieron en el balcón de la plaza—pendientes de cintas de variados colores—vasos, hebillas, jarros de plata y otros objetos destinados á

premiar á los que más se distinguieran en la lid.

En el siglo xviii la Universidad vino muy á menos y las corridas sufrieron igual suerte. Ya no tenían aquella grandeza que las hizo tan notables: fueron corridas del género chico comparadas con las otras.

En las fiestas con que celebró la Compañía de Jesús, en 1727, la canonización de San Luis Gonzaga se lidiaron novillos por mañana y tarde, siendo corridos estos últimos por estudiantes navarros y vizcaínos, los cuales entraron en la plaza con un carro triunfal, y juntos con los que habían de "practicar las danzas,,. Los tres jóvenes encargados de estoquear los novillos iban vestidos caprichosamente, y á todos acompañó una comparsa que representaba los personajes del *Quijote*.

Doce de aquellos estudiantes corrieron un toro á la suiza y armados de varas largas le dieron muerte.

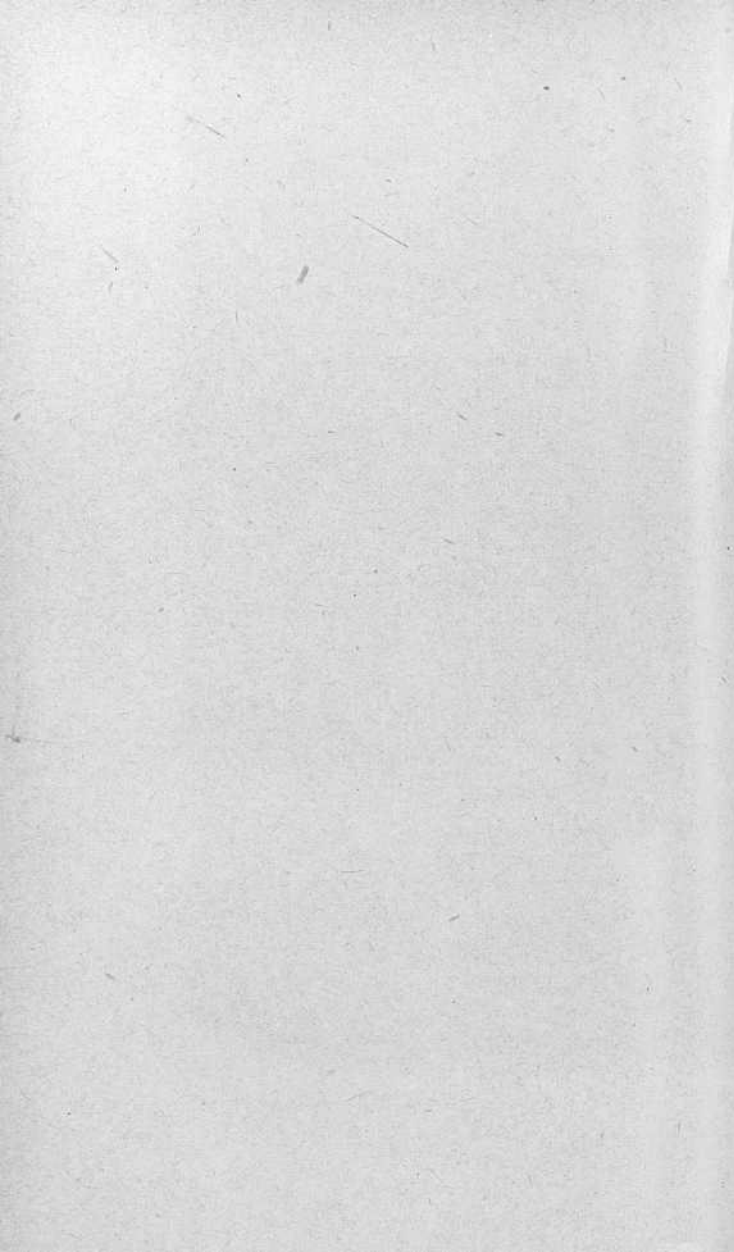
De estas mojigangas á la famosa del

Doctor y el enfermo, no hay más que un paso.

El paso se dió y las corridas verificadas en Salamanca cayeron dentro de lo vulgar. Y aunque hoy cuenta con una magnífica plaza, que se inauguró en septiembre de 1893, y es de lo mejorcito en su género, y aunque la visitan muchos extranjeros, y aunque tiene la provincia muy buenos toros, y aunque la animación y el bullicio propios de nuestra fiesta alegren el circo en las periódicas corridas anuales, no hay en ellas ningún reflejo de su antiguo carácter.

Al borrarse la típica silueta de su Universidad, se borró también la que daba originalidad y grandeza al espectáculo taurino.





 **OLEDO**



Capítulo XXVI

Con motivo de la abdicación de Carlos V.—Por el alumbramiento de una reina.—Las mujeres públicas.—El estafermo.—Sastres y procuradores enmascarados.—Toros y cañas en Zocodover.—Palios por las mujeres de la mancebía.—Noble prisionero.—Lo que ya pasó.



ALGUNO parecido á lo que ocurre en Salamanca, sucede en Valladolid y Toledo, aunque por causas distintas. También en estas poblaciones la fiesta de toros adquirió grandísima importancia; también se celebraron corridas organizadas por el rey y por los nobles, las cuales tuvieron, como las mejores de su época, aquel sello de ca-

ballerosidad, de valor y de hidalguía que era entonces la nota dominante en la lid.

Entre las muchas fiestas celebradas en Toledo destacan las de 1556, con motivo de la abdicación de Carlos V en su hijo Felipe II. Los festejos duraron desde el 10 hasta el 19 de abril, terminando con una corrida de ocho toros en Zocodover.

No les fueron en zaga las verificadas en 1566 con motivo del parto “de la rreyna doña ysabel ñra señora, mujer del rrey don felipe ñro señor,,.

Mucho y muy curioso hay que notar en dichos festejos, no siendo lo menos el importante papel que desempeñaron las *mujeres de la mancebía*, lo cual prueba cómo andaban las costumbres en aquella época y cómo el vicio y la caballeridad marchaban estrechamente unidas.

Dicen los textos:

“El día 13 de agosto por la tarde salieron las mugeres publicas de la man-

cebía en una danza, con sus tamboriles, dançando y baylando, muy ataviadas de oro y seda.

„Miercoles XIII^o 1 dias del dicho mes se puso en la plaça del ayuntami^o frontero de la calle del dean sobre una peana un hombre de palo desnudo á la ytaliana con su morrion y greva y cota, y en la mano izquierda un escudo ó tarjeta y en la derecha una talega de arena en una vara de hierro y q se andava al rededor pa los de cavallo, los cuales, corriendo con lanças y dando en la tarjeta volviese el a dar con la talega de arena en el colodrillo con unas letras al pie q decian *sta fermo*, y así corrieron algunos todo el tpo q allí estuvo.

„Ovo el 16 bueyes por las calles.,,

Se repitió el 17 lo de los bueyes; salió al siguiente una cuadrilla de 18 sastres enmascarados, á los que acompañaban un Cupido y “dos damas con sus espadas desnudas,,; hubo el 21 una gran mascarada de los procuradores, y el 22 salió otra de cincuenta personas

en soberbios caballos, jugándose en Zocodover á los alcanziasos; y por último:

“El domingo XXV dias de dicho mes ovo en la plaza de Zocodover ocho toros y juegos de cañas muy excelente de treynta y dos, los más de ellos eran caballeros y algunos cibdadanos don diego de Cufiiga, natural de Salamanca, señor de flores de avila y otras villas q á la saçon era corregidor de t.º, sacó una cuadrilla y don fernando de la cerda otra y otra el conde de orgaz y otras don j.º.u niño todos de muy buenas libreas de sedas de colores. corrieron ese dia en Zocodover, antes de los toros, ciertos paliós las mugeres pu.ºas de la mancebía, y del alcázar se soltaron muchos tiros de artillería y con esto se acabaron las fiestas.,,

Otra de las memorables y de la cual se conserva relación impresa, fué la corrida celebrada en 1656 siendo corregidor D. Martín Arrés, marqués de Casares.

Describe el *poeta* minuciosamente to-

dos los pormenores de la fiesta, empezando por el traje de los caballeros y acabando por el atavío de sus caballos.

En esa corrida se puso una vez más de manifiesto la caballería española, base del espectáculo. Veíase entre el público al gran duque Carlos de Lorena, que por razones de Estado se hallaba preso en la ciudad: El corregidor le cedió la presidencia, enviándole en una bandeja de oro las llaves de los toriles; pero el noble prisionero no creyó de su deber aceptarlas y las devolvió galantemente agradeciendo infinito la delicadeza.

El poetastro que describe aquella corrida dice á este propósito:

“Con soberana grandeza
luego en forma de ciudad,
las llaves con majestad
le llevaron á su Alteza;
pero es tanta la nobleza
del Príncipe Soberano,
que atento á lo cortesano,
agradeciendo el decoro,
en la misma fuente de oro
volverlas quiso á su mano.,,

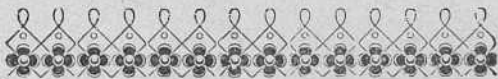
Aquello murió.

Hoy no queda en las corridas que se verifican en Toledo nada que recuerde el pasado; no tienen carácter especial; son unas de tantas como se celebran en otras partes y atraen más ó menos público según el mayor ó menor aliciente del cartel, pero no excitan generalmente el interés de los aficionados.





ALLADOLID



Capítulo XXVII

Fiestas en 1592.—Idem en 1657 y 1658.—Frailes to-
reros.—Los toros y las ánimas benditas.—La Cofra-
día de Jesús.—Por la canonización de San Pedro
Regalado.—Prosa y versos.—Las corridas de hoy.
Por qué no se citan otros pueblos.



LA historia de Valladolid está lle-
na de suntuosas fiestas, cuyo lujo
rayó casi siempre en despilfarro.

En 1592, al visitar Felipe II aquella
población, tal derroche hubo de “ale-
grías, toros y cañas,, y tanto prometían
durar las costosas fiestas, que “al fin
fué menester que su Majestad las man-
dase poner término porque no fuesen
tan grandes los gastos que se hacían:

que de otra manera no pararan aquí,,.

En 1657 hubo también notables corridas por el nacimiento del Príncipe “D. Phelipe Quinto Próspero,,.

Las de 1668, con motivo de la *Traslación del Santísimo Sacramento al nuevo Templo*, fueron suntuosas, y de ellas existen varias relaciones impresas. Entre lo más saliente figura el “despeño de 15 toros,, algunos de los cuales, al dejar el río, se metieron en la huerta perteneciente al convento de la Trinidad, y allí los torearon los frailes, muriendo al fin los bichos á tiros de arcabuz.

Los *describidores* de estas fiestas encomian el valor de los caballeros Tovar y Portocarrero, los cuales rejonearon 20 toros muy bravos, tanto

“que por lo adusto
debieron de lamer grama
y pacer salitre puro.,,

Por las bodas de Carlos II y María Luisa de Borbón también hubo espléndidas fiestas de toros, en las cuales—dice *católicamente* el vate revistero—que

no ocurrió ninguna desgracia, ni era posible que la ocurriese, *por haberse propiciado aquel día á las benditas ánimas*, dedicándolas nada menos que quinientas misas.

Eso de congraciarse con las ánimas á fuerza de misas, era tan común en los días de toros, que algunos obispos autorizaron á los curas “para aplicar las misas de encargo especial, también por las benditas ánimas,, con lo cual mataban dos ó más pájaros de un tiro y no había que recargar la suerte.

En las *demonstraciones festivas que la muy Ilustre Cofradía de Jesús Nazareno* celebró en Junio de 1697, se celebraron dos corridas de toros de superior calidad. El coplista que las relata empieza su faena de este modo :

“Las fiestas mandan que escriba
y casi estava en hacerlo
si no temiera en verano
que fuesen coplas de invierno.,,

Por último, en 1747, con motivo de la canonización de San Pedro Regalado,

hubo en los días 3 y 5 de julio dos grandes corridas.

Las describe D. Pedro Lucas de Reboles "abogado de la Real Chancillería,, y quiero que el lector saboree algunos párrafos de esa famosa relación.

Empieza así:

"Verde ramo del sacro laurel de Apolo, cortado en el ameno Valle-Oletano, emulo glorioso del elevado Pindo. En aplauso de los sagrados cultos, y profanos festejos con que la Madre más amorosa y Nobilísima Ciudad de Valladolid, solemnizó la canonización y Exaltación á las sagradas aras de su Regalado hijo SAN PEDRO REGALADO, prodigioso anacoreta de la Seraphica Thebaida, fundador de la observancia Regular de San Francisco en España.,,

Y hablando de la primera corrida, escribe:

«Presentáronse luego en la palestra audaces valerosos los *Marchanes*, blandiendo el fresno errado con la diestra en ligeros gallardos alazanes; pero en breves minutos dieron muestra

cabal de dos Orlandos, dos Roldanes vertiendo de los brutos los corales por las fuentes copiosas y mortales.»

Llenaría muchas páginas si fuese á citar todas las corridas notables verificadas en Valladolid.

Pero ya no queda de todo aquello más que alguna que otra relación por el estilo de la citada anteriormente. Al morir el último toro rejoneado por los nobles, murió también aquella grandiosidad que dió carácter á las corridas vallisoletanas. Y hoy, las que anualmente se celebran en la capital, aunque tienen *cartel* entre los aficionados y á presenciárlas acuden muchos madrileños y no pocos de las provincias del Norte, no reflejan el pasado ni se ve en ellas nada que sea hijo del carácter, la historia ó la tradición.

*
* *

No hablaré de Barcelona, porque las corridas de toros fueron desconocidas allí (según mis notas) hasta el año 1850. Y careciendo de historia y no teniendo la

nombradía que otras tienen, sería contraproducente meterse en dibujos.

Tampoco me detendré en Córdoba, Granada, Cádiz, Málaga, Puerto de Santa María y otras poblaciones andaluzas, porque habría de repetir mucho de lo dicho en Sevilla: al fin y al cabo de la misma región, de igual carácter, de idénticas costumbres se trata, y fuera de pequeños cuadros locales, al historiar la capital, historiada queda toda Andalucía. La rivalidad de escuelas, los antagonismos entre rondeños y sevillanos, el importante papel que en el toreo moderno juega Córdoba con su califato de *Rafaeles*, eso no reza con mi libro.

Será muy interesante y hasta imprescindible en la historia del espectáculo; pero como no trato aquí de hacerla, dejo el asunto para mejor ocasión.

Quizá ésta se presente, y entonces hablaremos.

Por el momento, con lo dicho y lo que va en el capítulo siguiente, doy por terminada mi tarea.


MADRID



Capítulo XXVIII

Por qué no se dedica mayor espacio á Madrid.—Magnificencia del espectáculo en el siglo xvii.—Quevedo revistero.—La carta de un jesuita.—Lo que fueron las corridas celebradas el día de San Juan de 1648.—Descripciones en verso.—Volando más bajo.—Malas corridas.—Nota festiva.—Los versos de un cura.—No hay empeños.—Los chulos Pedro y Antonio Romero, Costillares, Carro Guillén y Pepe-Illo.—Tema fundamental.—Cómo se torea hoy.—El toreador y el torero.—Buscando el lucro.—La vida del espectáculo.—El público madrileño.—Corrida patriótica.—Maldición.



 la fiesta de toros en la capital de España dediqué, hace algunos años, un volumen entero (*Los Toros en Madrid.*) Y casi casi no debería añadir ahora una palabra á lo dicho entonces.

Pero si así lo hiciera, poco tendrían que agradecerme los lectores de este mi nuevo libro; equivaldría á jugarles una mala pasada; sería decirles poco más ó menos: Ya habéis visto el carácter de las corridas de toros en algunas provincias, si queréis saber el que tuvieron en Madrid, leed *tal* obra. Y hasta no faltaría algún *amigo* piadoso que creyera intencionada la cosa y hecha con el solo fin de llamar la atención sobre un libro ya viejo.

Por que así no se crea y por que algo y aun algos ha variado el carácter de las corridas madrileñas en estos últimos años, escribiré unas cuartillas sobre el particular.

Prescindiremos de los toros ensogados, los *azconados* y los muertos á venablo, dejaremos la época primitiva del espectáculo y vendremos á la de los Felipes, que señaló el apogeo de la lid en su fase caballeresca.

No hay nada que pueda compararse á las corridas que se celebraron en Ma-

drid durante el siglo xvii. El valor, la caballería, la hidalguía, el rumbo, todo lo que había dado nombre á la España de Carlos V. y perdieron después vergonzosamente aquellos reyes viciosos y faltos de sentido, se refugió en las corridas de toros.

Diríase que el alma de la Nación estaba en ellas, y en tanto que viviesen poco había que temer. El rey era el primer torero, la nobleza emulaba al soberano y no había sacrificio que se omitiese en pro de la fiesta.

Las Cortes se ocupaban en ella constantemente y descendían á nimios detalles que eran discutidos y votados como si se tratara de la salvación del país.

Se adornaba la plaza con inusitado lujo, se construían tablados para la servidumbre de los nobles y para la plebe, y el reparto de ventanas dió ocasión á serios conflictos en los que hubieron de intervenir las Cortes. Las meriendas y colaciones que en principio fueron puras y simplemente lo que su nombre indica,

llegaron á convertirse en espléndidos regalos hechos á las damas, y aquellas mismas Cortes tuvieron que poner coto á los despilfarros oficiales.

Se produjo, como no podía menos de suceder, una constante rivalidad entre los nobles, rivalidad que á unos costó la vida y á otros la hacienda.

Todos querían ser los primeros; todos aspiraban á presentar mayor número de pajes ricamente vestidos; todos pretendían sobresalir en lo de las colaciones después de haber sobresalido en la lidia. Los mejores poetas de aquel tiempo escribían la relación de las fiestas, y unas veces con su nombre y otras sin él, ensalzaban á los que eran santos de su devoción y vapuleaban á los contrarios.

Quevedo, entre otras muchas, escribió en 1623 una relación, en la cual se ocupa del desgraciado accidente ocurrido al marqués de Velada. Y el satírico poeta, que en ocasiones no tenía piedad con el caído, moja su pluma en almívar y dice lo siguiente:

«A Velada generoso
El día por un desmán
Concedióle lo galán
Recatóle lo dichoso.
Por valiente y animoso
La envidia le encaminó
Golpe que le acreditó,
Pues fué en mayor apretura
Dichoso en la desventura
Que esclarecido ilustró.»

Para que el lector juzgue la fiesta de toros en el siglo xvii—por lo que á los detalles de la lidia se refiere—inser-taré aquí algunos documentos de la época. Nada dice tanto, ni puede dar mejor idea del asunto.

En mayo de 1648 el P. Sebastián González, de la Compañía de Jesús, escribía á Rafael Pereira, otro *padre* de esa Compañía:

«Aier hubo toros que se corrieron por la fiesta de S. Sidro, Patron de esta uilla: fueron buenos. Por la mañana mataron dos cauallos vno á D. Antonio de Valencia regidor y comisario. este era del de Medina de las Torres el mejor que auia traido de Napoles; otro le mataron al Alguacil Mayor que tiene obligacion de asistir en la plaza quando se corren toros y el dicho huyendo del Toro atropelló á vno y lo mató, á otro hombre mató vno de los toros que se corrieron por la mañana y fueron cinco. Por la tarde solo vbo un herido de un toro. vbo dos solos acauallo con rejonés

que hicieron muy aventajadas suertes quebrando con grande gala sus rejones y mataron con ellos cinco toros. A uno de estos caualleros auendosi le acabado los rejones á la última suerte que hizo que fué excelente, viéndose sin rejon saltó del cauallo y echando mano á la espada y reuolviendo la capa al brazo le acometió el Toro por 3 veces y le dió tan buenas cuchilladas en el pescuezo que luego caió en tierra. El se boluió á poner á cauallo y se salió de la plaza con grandes aplausos.»

En 7 de julio del mismo año, D. Antonio de Oviedo y Huerrera dirigía á D. Francisco de Berrio la siguiente epístola, á propósito de la corrida celebrada en la Plaza Mayor el día de San Juan:

“Fue la mejor fiesta que auemos visto muchos años a. Toreo el almirante de Castilla muy bien con el rejon y con la espada metió cien lacayos muy bien vestidos y vn lacayuelo: matole el toro un cauallo que le auia dado el Rey que fué en el que hizo la entrada que era el mejor que auia en la caualleriza que llamaban el mantuano y el sigundo cauallo en que entró era Valdepeñas un cauallo del señor marqués de Liche, el mejor que an parido las yeguas de la facultad y sacó una cornada de la cual la á dado un acidente que los albeytares no la dan de uida mas que de aquí á mañana.

“A sido gran desgracia porque le dauan cuatro mil ducados por él antes que se le hubiera prestado al almirante. Entró el primero

y así que hizo su acatamiento al Rey entró el Marqués de Priego con otros 100 lacayos muy lucidos y un lacayuelo. Andubo muy bien con el rejon y la espada tubo muchos cauallos y buenos. Luego entró por una puerta el Duque de Vceda con otros 100 lacayos un lacayuelo tambien muy bien bestidos y al mismo tiempo entró por otra puerta Diego Gomez de Sandoual un hijo del Conde de Saldaña con otros 100 lacayos bestidos de muy buen gusto con dos turcos muy lucidos por lacayuelos y entrambos andubieron muy bien con el garrochon y la espada. Entraron luego don Francisco Lasso Primer Cauallero del señor Don Juan de Avstria y gentil ombre de su Camara con un lacayuelo muy bien bestido lindo toreador de á pie y amo y criado andubieron bicarros y hicieron famosas suertes; el otro era don fernando de Carauajal que es tan desgraciado que cayó al primer toro como suele. El otro fué un Portugués que llaman Barrauas. El otro fué don Diego de Padilla. An muerto cinco cauallos y están mal heridos oy siete pero á cada toro andauan las espadas en blanco. La fiesta fue tan auentajada que dudo mucho que se pueda acer otra tan grande para cuando venga la Reyna.,,

No era la prosa muy común al describir las corridas. Imperaba la poesía y en verso están casi todas las relaciones.

Por los fragmentos que después transcribo, podrá juzgar el lector de la forma y hasta del fondo de tales versos.

En 1650 publicó D. Pedro de la Serna una relación de las “Luminarias, Máscaras, Toros y Cañas, en la plaza de Madrid, con que se celebró el felicísimo Casamiento del Rey Nuestro Señor, y la Serenissima Reyna Nuestra Señora Doña Mariana de Austria,,.

He aquí algunas estrofas de esa composición:

“Alli la plaza de brocado llena
La fiesta y regocijo está aguardando,
Y sobre el campo de menuda arena
Se andan los toreadores paseando:
La voz y el silvo que en el coso suena
Estan al toro fiero provocando,
Y con el duro cuerno se apresura
A abrir las puertas de la carcel dura.

La gente en las ventanas ya desea
Ver en la plaza al animal furioso,
La leve vara el toreador blanda:
Alegre y confiado mira el coso,
Y mirando la vanda que voltea
Para ser premio al menos temeroso,
No pudiendo tenerle el juicio á raya,
La diestra suerte en el arena ensaya.

Vase acercando el toro el cual temiendo
El hierro duro, receló la empresa,
La arena escarba ya reconociendo,
Ya quiere acometer, ya teme y cesa:
Llegose el caballero; el toro viendo
Que es mengua de valor, quiere hacer presa,

Y el caballero con gallardo brio
En su sangre caliente el hierro frio.

Da un bramido la fiera y espantando
La gente, corre de temores llena,
Y el toro negra sangre derramando,
Va dando tinta á la menuda arena:
La dulce chirimía resonando
A rigurosa muerte le condena,
Y al punto la acerada media luna
Entrambos nervios le cercena á una.

Sueltan otro terror de la campaña
De puntas de diamante coronado,
(Natural fiero) para más extraña,
Mas de muertes que de selvas sustentado;
Sale y los ojos de veloz engaña,
Que no corre, no buela, es arrojado
Como de hueco bronce cuando herido
no se percibe del sino el bramido.

Después que montes derribó de gente,
Absoluto señor se constituye
De la plaza arenosa: el que es prudente
A asegurarse cauto veloz huye:
Donde el irracional pisa, la gente
Hiela, mirando sin herir destruye,
Porque en la plaza de temor confusa
Causa lo que el semblante de Medusa.

Todos en largo cerco se derraman,
Cuando sobre caballos tan ligeros
Que el viento pisan, que alentando inflaman,
Tropa en la plaza entró de caballeros:
Pasados siglos con destreza infaman,
Dandoles que imitar á venideros,
Cede Nestor, y Marte si los mira
El semblante envidiando se retira.

Envistieron en círculo á la fiera,
Y aunque en teñida sangre se enfurece
Es punto fijo de veloz esfera
Que rápida los ojos desvanece:
El que fué alteración comun, se altera,
El temor de los campos desfallece,
Que tiene sobre si tantas heridas
Que apuraran las fieras repartidas.,,

En otras composiciones el autor no vuela tan alto, sino que se permite alguna que otra chirigota, dando á la relación cierto tono festivo. Eso sucede, v. gr., con la publicada en 1651, por Pablo del Val, con motivo de las fiestas reales "hechas al nacimiento,, de la infanta Margarita.

He ahí cómo se expresa el cantor:

"Su lugar toma la Villa
Y cada puesto á quien quepa
Que entonces todo lo grande
Hace unión sin competencia

Dos Majestades se miran
Gozosas con dos Altezas,
Aunque allí se hallan presentes
Los tres, Rey, Infanta y Reina

Ávate que sale un toro:
Mira, Fabio, que se suelta
Tan libre como si el bruto
Fuera punto de una media.

Con cintas van señalados
Verdes, blancas y vermejas
Los toros del Rey que aun brutos
Conocen la diferencia.

Quiso un valeroso mozo
Despicarle y atraviesa
Al toro y el dijo entonces:
Con mi vida pocas vueltas.

Volviendo sobre si el Turco
Tan alentado se apresta
Tan seguro se recobra
Y tan airoso se empeña,

Que desde el pecho hasta el anca
Le traspasó de manera,
Que pareció que la vida
Buscó al salir nueva senda.

Volvió la Reina á su casa
Y á su gran Palacio el Cesar,
Las damas todas gustosas;
La fiesta excedió de buena.,,

Todas no resultaban así; las hubo también aburridas por la poca fortuna de los caballeros y el escaso empuje de los toros. Y no es raro hallar en tales relaciones versos como los siguientes:

“Yo ví los toros ayer
Juanilla, y fué cada cual
semejante al animal
que á Jesús le vió nacer.,,
.....

“No debio de tener gusto
el Rey, pues dijo á su Aya
que no quería más toros
en toda aquesta semana.,,

Aumentaban diariamente los poetas revisteros, y no había rimador que dejase de meter su cucharada en materia de toros.

Así concluyó el siglo xvii y así continuó el xviii, aunque bueno es consignar, en honra de Quevedo y sus colegas, que entre las composiciones de éstos y las de los otros *media un abismo*.

En el siglo xviii abunda la nota festiva: Los Melcones y demás *caballeros* de su ralea no podían inspirar nada elevado. Así vemos muchas composiciones, algunas muy subditas de color, que pintan el mal gusto de la época.

Hubo entre aquellos poetastros un D. Eusebio Marcelino de Vergara, presbítero madrileño que firmaba con el nombre de Diego Marcos Abreu Valenira, el cual, entusiasmado con las majas que asistían al espectáculo de los toros, las pinta de este modo:

“Unas Majas::: mirad este diseño:
Mucho columpio, grande desenfado,
Chico el pie, talle igual, cuerpo cenceño
A la parte inferior atimbalado;
Pecho hermoso en plural, color trigueño,
Ojos vivos, semblante despejado;
Barba esdrújulo, boca seguidilla,
Nariz romance y cara redondilla,
El pelo en moño, en cofia, ó en rodete,
Alla pared en medio del cogote;
Al cuello pañuelillo de chupete,
Jubon de estrecha manga y ancho escote;
Guarda-pies alistado, y con rivete,
Delantal de coton y de picote,
Medias bordadas, evilletas baxas,
Zapato repicado: esto son Majas.,,

El reverendo quizá no conociese los poetas clásicos; pero á las mujeres de *trapío* ¡vaya si las conocía! Y *váyase* lo uno por lo otro.

Por los tiempos en que el presbítero Vergara dedicaba su numen á cantar la hermosura de las madrileñas, la fiesta de los nobles había venido muy á menos, gracias á la dinastía borbónica. Ya no eran los aristócratas los que salían á quebrar rejonos, eran generalmente unos caballeros particulares á quienes apadrinaban aquellos.

La lidia perdió su grandiosidad. Ya

no se vieron aquellos terribles empeños de á pie que costaron tanta sangre. Los empeños no existían.

Benegasi en una relación de fiestas dice:

“Viendo que empeños quitan
dixe: bien hecho
evitar que los Nobles
tengan empeños.
Ni que se bajen
aunque hay otros que suben
por animales.,,

Por entonces aparecen las primeras figuras del toreo moderno sirviendo de chulos á los rejoneadores y yendo vestidos á gusto de los que organizaban las corridas.

En una hoja manuscrita que con el título de *Caballeros que salen á quebrar rejoncillos* existió en poder de Alenda, se lee:

“Don Joseph Chavarino y Villarreal. Padrino el Excmo. Sr. Duque de Arion. Chulos, Pedro Romero y Antonio Romero, á la romana, de encarnado.

Don Pedro Joseph de Chinique. Padrino el Excmo. Sr. Duque de Osuna. Chulos, Francisco Garces y Manuel González, á la española antigua, de azul.

Don Agustín de Oviedo Buenache. Padrino el Excmo. Sr. Marqués de Cogolludo. Chulos, Joachin Rodriguez, Costillares, y Francisco Guillen (el Curro), de usaro, verde.

Don Josef Balentin de Liñan. Padrino, el Excmo. Sr. Marqués de Cogolludo. Chulos, Josef Delgado, Yllo y Juan Manuel, de moro, pagizo.,,

Aquellos *usaros verdes y moros pajizos* fueron al poco tiempo los reyes de la fiesta, los ídolos de la muchedumbre, los favoritos de las aristócratas, los héroes de mil y mil aventuras que corrían de boca en boca y popularizaban y hasta endiosaban el nombre de aquellos hijos del pueblo que habían recogido, para darle vida nueva, el tradicional espectáculo.

Lo que éste fué á principios de siglo en la capital de España nadie lo ignora; las vicisitudes porque ha pasado hasta la fecha son también del dominio público; réstame, pues, decir el carácter que tiene en la actualidad.

Hoy, con la desaparición del torero, ha perdido la grandiosidad que siempre tuvo.

Quiero decirlo una vez más; quiero que, á semejanza de esas sinfonías, en las que el tema fundamental se oye incesantemente, se repita en mi libro esta idea: El tipo del torero murió para siempre; hoy no quedan más que lidiadores de reses bravas que sólo aspiran á crearse una fortuna con su oficio.

Y faltando el héroe popular, el heredero de nuestras grandes cualidades, no existiendo la principal figura del espectáculo, éste no puede ser el mismo; no puede tener el carácter que tuvo en otros tiempos, no puede atraer al público, ni entusiasmarle, ni arrastrarle constantemente al circo, porque ya no está allí la encarnación de nuestras típicas condiciones de raza, porque aquello que las hacía grandiosas, nobles, elevadas, quijotescas si se me permite la expresión, ha desaparecido.

Y el vulgo, no deteniéndose á estu-

diar los motivos que determinan la decadencia del espectáculo, la atribuye á escasez de buenos lidiadores.

Nada más absurdo.

Hoy se torea mejor que han toreado en otras épocas, á pesar de lo que opinen esos sabios de guardarropía que nos presentan á Montes como un Dios y le atribuyen hazañas que nunca hubo de realizar.

No se necesita haber vivido en su tiempo para juzgar de su trabajo: Basta leer las revistas de toros que se publicaban entonces; basta fijarse en su *Arte de torear*. Si ahora se hiciera en la plaza mucho de lo que éste preconiza, no quedaría una banqueta en su sitio, ni una naranja que no se emplease como proyectil.

Algunas de las faenas que hoy hace *Guerrita* dan tres y raya á las mejores del *Napoleón de los toreros*. No lo duden ustedes.

Y, sin embargo, el público no siente idolatría por Guerra, le aplaude extra-

ordinariamente un momento y le olvida pronto manifestándosele hostil, predispuerto á la censura, exigiéndole mucho y sin perdonarle nada, mientras que á *Lagartijo*, v. gr., en sus buenos tiempos se lo perdonaba todo, y al silbarle, ese mismo público anhelaba que Rafael le diese pronto un motivo, por insignificante que fuese, para aplaudirle y hacerle olvidar con bravos y *olés* la pasada filípica.

Entonces veíase en la plaza al torero; hoy se ve al *toreador* que convierte su arte en un oficio de pingües rendimientos.

No es que falten buenos lidiadores; lo que falta es el tipo tradicional que aquéllos encarnaban.

No es que no sepan, ni valgan, es que no quieren. Es que han destruído lo grandioso del espectáculo y alientan lo mezquino, lo pequeño, lo de bajo vuelo.

Así vemos que exigen el sorteo de las reses, que recortan y destrozan al toro para que llegue al último tercio sin po-

der ni facultades, que al saltar dejan el capote en las tablas por ver si el bicho derrota allí y pierde la dureza, y que la lidia toda, en una palabra (¡para qué fatigar al lector puntualizando las heregías que hoy se cometen!) es una lucha repugnante, innoble, falta de grandeza, en la cual sólo se atiende á salir ileso para seguir explotando el oficio.

El afán del lucro ha invadido la fiesta, y desde el ganadero—que da toros raquíticos, sin sangre, ni bravura, ni trapío—hasta el último peón, todos se preocupan del mañana y ninguno trata de seguir la hermosa tradición del espectáculo.

Y apena ver á esos mozalvetes, que así que aprenden á coger un capote (aunque no á manejarlo) sientan plaza de novilleros y se juegan la vida cien veces cada tarde, no por satisfacer una noble ambición ni por ser torero, no anhelando las ovaciones que halagan el amor propio, sino buscando en ellas los ajustes que llenan el bolsillo.

No; no morirá por esto la fiesta nacional, se conservará siempre, llevará más ó menos público á la plaza, según el mayor ó menor atractivo del cartel; será como ha sido hasta aquí el primero de los espectáculos, el más viril, el más conmovedor, el más espléndido, el único que excita y arrebatá, el único que tiene por marco el cielo y el sol y por figuras gentes jóvenes, fuertes, vigorosas que salieron sonrientes de su casa, que cruzaron en lujoso carruaje las calles de la villa llamando la atención y que no saben si volverán de la plaza, ni si aquel vistoso capote de seda y oro que lanza destellos de luz servirá para cubrir su ensangretado cadáver en la enfermería del circo.

Irá el público madrileño á los toros— como ya dije al empezar mi libro— por devoción, por amor á la fiesta, por rendirla culto; será siempre el primero de los públicos, el más inteligente, el más serio, el que dé nombre y destruya reputaciones falsas, el que lleve á la plaza

la historia entera del espectáculo, el que ponga en movimiento á la ciudad en las grandes corridas y aleje al diputado de la Cámara, y al magistrado de la Audiencia, y al ministro de su despacho arrastrándoles á los toros; el que llene la calle de Alcalá con toda clase de vehículos que rueden vertiginosamente y con una multitud que contemple aquel nuevo espectáculo cien veces descrito y cada vez más admirado...; pero la fiesta no tendrá el típico carácter que tuvo, ni el lidiador volverá á ser nunca un ídolo popular.

Sólo una vez, hace poco tiempo, se ofreció el espectáculo con todos sus tradicionales caracteres: en la Corrida Patriótica.

Allí apareció un instante el torero, ofreció la vida por su país, se apresuró á tomar parte gratuitamente en la fiesta, no se escatimó un momento y puso toda el alma y todos sus sentidos en quedar bien, buscando el aplauso por el honor de ser aplaudido.

Sólo entonces los ganaderos, recordando á los que no chalaneaban con sus reses ni hacían de la vacada un comercio, hubieron de regalar sus mejores toros.

Sólo entonces, al asistir las provincias á la corrida adornando con los escudos regionales los palcos del circo, tuvo la fiesta carácter nacional.

Sólo entonces las madrileñas dejaron el sombrero, que es una prenda del europeo uniforme, y se ataviaron con la clásica mantilla española, el tocado de las grandes adoraciones, el mismo que lucieron pocas semanas antes para rendir culto á Dios y que ahora ponía en sus cabezas el culto á la patria.

¡Malditos sean los que no supieron encauzar aquel patriótico impulso!

¡Malditos los que han roto la hermosa leyenda forjada acerca de los españoles!



Advertencia

Como verá el lector, se han deslizado en este libro algunas erratas de las cuales no puedo culpar á la imprenta. Ella me dió las galeradas para corregir y me envió después el pliego ajustado. No pudo hacer más.

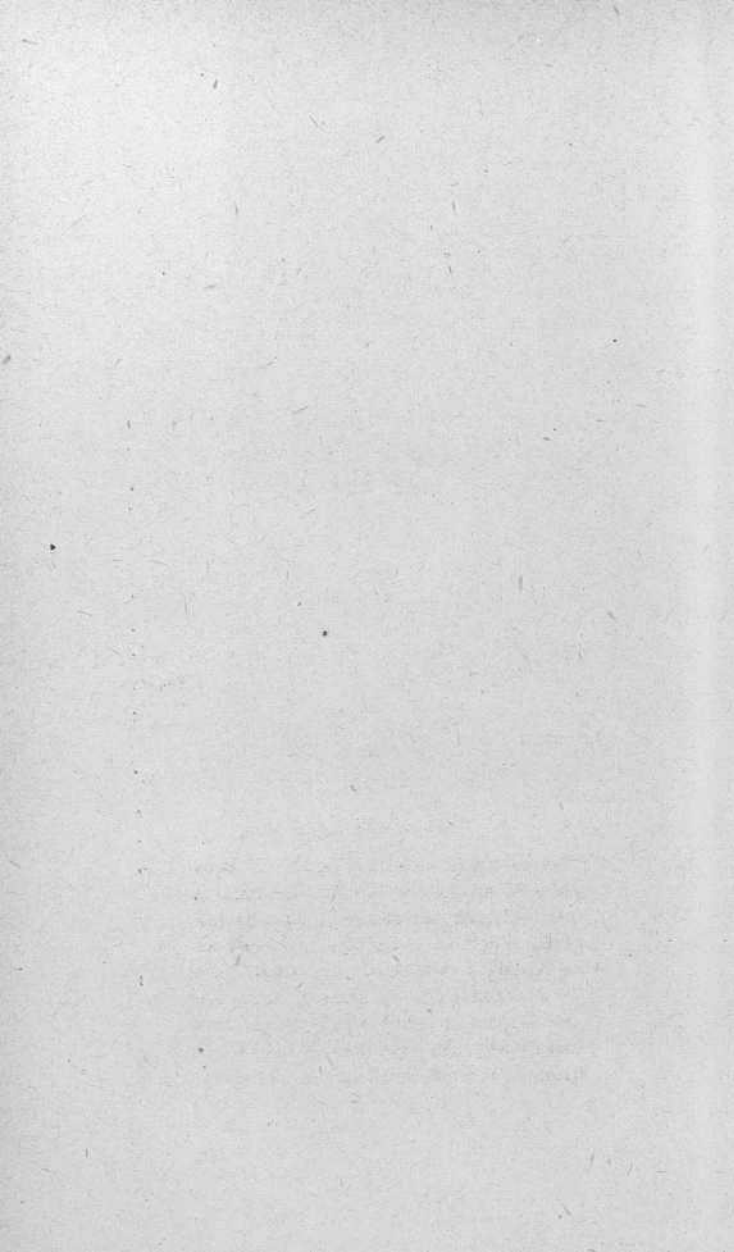
Pero como los autores en general (y un servidor de ustedes muy particularmente) no sabemos corregir lo nuestro y si escribimos intención y nos ponen *intuición*, intención leemos, de aquí las erratas.

Por eso hay en mi libro un *derrumbar* por derribar que está allí sin yo querer, y hay algún masculino por femenino, algún plural por singular (y vice-versa), algún *los* por *les* y *les* por *los*, etc., etc.

Que el lector subsane lo que pueda y yo cargaré con el resto.

Justo es que sufra el castigo quien cometió la falta.

EL AUTOR.



Índice

Páginas.

DESPEJO I

SEVILLA

Capítulo primero

Un hermoso país.—Cuatro palabras de historia.—El apogeo de Sevilla.—De mal en peor.—Típico carácter.—D. Juan de Mañara.—Fortuna te dé Dios, hijo.—El fantasear de los andaluces.—Un cuento viejo.—La explicación.—El amor y las sevillanas.—Romanticismo.—Narraciones andaluzas.—«El niño de la Bola».—Lo que es y ha sido el pueblo sevillano.—El torero... 9

Capítulo II

El manejo del caballo.—Hermandades de Caballería.—Plaza *ad hoc*.—Lides de toros.—Su antiguo carácter.—Un documento curioso.—Ganaderos curiales.—Una carta de Isabel la Católica.—Toros y cañas.—Lo que costaba el ganado en el siglo xv.—Un mayordomo á quien se vapulea de «oficio». 25

Capítulo III

En los siglos xvi y xvii.—Para festejar la venida del Rey.—Toros «que se tornaban á llevar».—Limosna para comprar un capote.—Enrique IV, Carlos V y Felipe II —Regocijos por la conquista de Lisboa.—Entre sombras.—Un Cardenal que excomulgó, una Audiencia que absuelve y un Rey que obliga á levantar la excomunión.—Donde se revela una vez más el carácter andaluz.—Unos cuantos versos.—¡Qué diferencia de tiempos!..... 37

Capítulo IV

En el siglo xvii—¡Aquella dinastía austriaca!—Siguiendo las costumbres de Madrid.—El *matatoros* Felipe IV.—Un escrito que pinta una época.—Fundación de la Maestranza.—Sus estatutos.—Felipe V y los *juegos de armas*.—Lo que eran tales juegos.—Incremento de la fiesta nacional.—

Páginas.

Cien corridas de toros.—En Madrid y en Sevilla.—Un notable desempeño.—Nueva faz del espectáculo.....	47
--	----

Capítulo V

Plantel de toros y toreros.—Profusión de corridas.—El disgusto de la Regencia.—Por qué tuvieron importancia las corridas de toros en su nueva fase.—Matadores solicitados.—La Escuela de Tauromaquia.—Un artículo añejo.—¡Id á Sevilla!—Lo que es nuestro país para el extranjero.—La calle de las Sierpes.—Los monumentos postergados.—Justo renombre de las corridas sevillanas.—Animación.—En los hoteles.—En la plaza.—Un cuadro hermoso.—Con permiso de los sevillanos.....	65
--	----

ZARAGOZA

Capítulo VI

Un país al cual no se conoce.—La caricatura por sistema.—Cuento baturro.—Ideas erróneas sobre el tipo aragonés.—Dichos y hechos falsificados.—Los hijos de Zaragoza.—Disparates creídos á pie juntillas y verdades que se ignoran.—Lo que era Fernando el Católico —Pueblo admirable.—Salduba.....	93
--	----

Capítulo VII

GRANDEZA DE ARAGÓN:—Los conventos jurídicos.—Puentes.—Armas.—El satírico Marcial.—Prudencio.—Reyes literatos.—Préstamo de libros.—Abolición de las pruebas bárbaras.—Establecimientos de enseñanza.—Los judíos.—Academias.—Reyes electivos.—Una fórmula grandiosa.—Respeto de los monarcas aragoneses á su pueblo.—La nobleza.—Una prohibición de trascendencia política.—El Justicia.—En Calabria.—Lo que no borra el tiempo.—Una hermosa página en la historia de nuestra independencia. 101

Capítulo VIII

Convencionalismo social que se rechaza.—Ruda franqueza.—Las *Sanjuanadas*.—Verona y Aragón.—La puñalada de ventaja.—La poesía y el sentimiento en los aragoneses.—Manuel Yus.—Sus cuadros y su capilla.—Un cantar que dice mucho.—Otro que no le va en zaga.—La Jota.—Su carácter.—Por qué se ha impuesto en toda España.—Rocas aragonesas.—Raza siempre admirable. 113

Capítulo IX

Y de toros ¿qué?—Errores y fantasías.—De hipótesis en hipótesis.—Los crédulos.—La

Páginas.

famosa piedra de Clunia.—Lo que significa para algunos fantaseadores.—En obsequio á los *lapidístros*.—Un descubrimiento portentoso.—Desencanto.—Cosas de bibliografía.—Datos que parecen irrecusables.. 129

Capítulo X

Los enfamados y los que no lo estaban.—En el siglo XIV.—A Zaragoza por matadores.—Un caballero arrojado.—Toros en 1599.—Idem en 1664.—En obsequio á D. Juan de Austria.—Por los desposorios del *potentísimo* Carlos II.—Corrida nocturna en Cariñena.—En 1723.—Ocho días de fiestas y otros excesos.—Funciones magnas en 1765.—Relación que las describe.—Los cronistas taurinos en Aragón.—Seriedad é independencia.—Ahora, entonces y siempre. . . . 139

Capítulo XI

Arraigo del espectáculo taurino en Aragón.—Lo que dice un cronista.—Algo que es preciso estudiar.—Ni fanáticos ni descreídos.—Adoración de los aragoneses por la Virgen del Pilar.—Un cuento añejo.—El por qué de sacarlo á la colada.—Lo que significa el culto á la Virgen.—Un diminutivo que lo retrata.—Sólo ella.—Las corridas de toros en Zaragoza.—Cómo las ve aquel público.—Valor y valor.—¡Fuera capas!—Ideas de los zaragozanos sobre el

toreo.—En las vaquillas.—Lo que no produce entusiasmo.—Un cuadro que se anima.—Motines.—La levadura de lo grande.—Un rasgo de energía.	151
--	-----

PAMPLONA

Capítulo XII

Aspecto de Pamplona.—El carácter de los navarros.—Amor á su independencia.—Osma, Calahorra, Roncesvalles.—Las roncalesas.—D. Sancho y la victoria de 1212.—Nota característica del pueblo navarro.—Monarquía navarra.—Fueros y privilegios.	173
---	-----

Capítulo XIII

Sello característico que se conserva.—La nostalgia del país.—El general Iriarte.—Vestigios de la antigua Basconia.—Lo que une á todos los navarros.—La vida en la capital.—Las murallas.—El culto á lo pasado.—Lo que vendrá.	185
---	-----

Capítulo XIV

Sarasate.—La veneración á su pueblo.—El músico y sus paisanos.—Navarro antes que todo.—Un egoismo hermoso.—La víspera del santo.—Al día siguiente.—La entrada de los toros.—Novillada gratuita.—Los conciertos.—El paseo en la calle de Estafeta.—La hora de comer.—A la plaza.—	
--	--

Páginas.

Sigue el bullicio.—Fiestas que dejarán recuerdo.—Gayarre.—Su valía.—Navarra en pique con el tenor.—Las paces.—Entusiasmo por el roncalés.—Un concierto sin rival.—Fin del capítulo.	197
---	-----

Capítulo XV

La lidia de toros en Navarra.—Cita de antiguos documentos.—Las fiestas de San Fermín en 1628.—Toros en honor de Isabel de Farnesio.—Corrida organizada en 1730 por los mancebos curiales.—Los jesuítas toreros.—En honor de la viuda de Carlos II.—Las fiestas del Santo en 1751.—Carácter de las corridas en Pamplona.—El casino pamplonés.—Aspecto de la plaza de toros.—El público.—Meriendas.—Los toros navarros dentro y fuera de su país.—Carta de naturaleza.—Insistiendo.	217
---	-----

SORIA

Capítulo XVI

Un hecho que inmortaliza á un país.—Numancia.—Detalles de la tragedia.—Sucesores de los numantinos.—Después de la batalla de Aljubarrota.—Los caballeros numantinos en Alarcos.—Privilegios de la ciudad.—Cortes generales en 1830.—Las mancebas de los clérigos.—El merino Garcilaso	
---	--

- de la Vega.—Su muerte.—Cómo la vengó el rey.—Decadencia de la ciudad.—Los toros y las fiestas de las Calderas.—Su carácter.—Por qué es preciso conservarlas. 237

VALENCIA

Capítulo XVII

- Una hermosa región de España.—Historiadores que no merecen crédito.—Amalgamas incomprensibles.—Influencia de la dominación árabe.—Valencia oriental.—La educación.—Lo que fué el Cid.—Asesinatos horribles.—En Cuenca.—Ciudad ilustrada.—La mujer valenciana. 253

Capítulo XVIII

- Antigüedad del espectáculo taurino en Valencia.—Los primeros empresarios.—Manchino y su viuda.—El canciller mayor.—La Beneficencia.—De próroga en próroga.—Plazas de toros.—Carpinteros arquitectos.—El nuevo circo. 267

Capítulo XIX

- Sello caballeresco.—Las corridas y los nobles.—De 1659 á 1691.—El conde de Peralada y San Pascual Bailón.—La Maestranza de Caballería.—Sus estatutos.—Junta secreta.—Músicos, clarineros y timbaleros.—Un *romanc nou*.—En el siglo XVIII. 273

Capítulo XX

- Grandiosidad de las corridas en Valencia.—
 Las ferias.—Batalla de flores.—La víspera
 de las corridas.—Impresiones.—Luz y co-
 lores.—Los que marcan el rumbo al espec-
 táculo.—Una sociedad taurina.—Periódicos.
 —Aspecto de la plaza..... 285

BILBAO

Capítulo XXI

- Merecidos encomios.—El heroísmo de la po-
 blación.—La conciencia de su valer.—Jus-
 tificada presunción.—El arte en Bilbao.—
 Las corridas de toros.—Su renombre.—
 Alegría.—Sin tradición.—La fiesta de no-
 villos en Vizcaya.—Un ajuste de Montes.
 —Anécdota.—Periódicos taurinos.—Lo
 que son las corridas en Bilbao..... 295

SAN SEBASTIÁN

Capítulo XXII

- Vizcaínos y guipuzcoanos.—Protesta del Pa`re
 Larramendi.—Contradicciones.—Los pri-
 mitivos guipuzcoanos.—Notas históricas.
 —¿Fue Guipúzcoa conquistada por los cas-
 tellanos?—Al cabo de los años mil.—Diver-
 gencias.—Los bandos *oñacino* y *gamboino*.
 —Carácter de los antiguos guipuzcoanos.

—Por sus fueros.—Emigraciones.—Adaptación de ajenas costumbres.....	309
---	-----

Capítulo XXIII

Un varapalo de un jesuita.—¡Fuera maliciosas observaciones!—Copiando á otros pueblos.—La influencia francesa.—El casino.—Para los forasteros.—La vida de la población.—Los toros en el programa de festejos.	323
--	-----

Capítulo XXIV

La antigua fiesta de toros en Guipúzcoa.—Vuelta al P. Larramedí.—Jesuita <i>flamenco</i> .—Afección al espectáculo.—Estancamiento.—Explotación de la fiesta.—La plaza.—Arana.—Su popularidad.—La confección de los carteles.—Prodigalidad del reclamo.—Aspecto de San Sebastián en día de toros.—Un cuadro sin luz.—Recuerdos de una corrida <i>aguada</i> .—Un público cosmopolita.—Los no inteligentes.—Sin carácter propio.....	331
--	-----

SALAMANCA

Capítulo XXV

A lo que debe Salamanca su nombre.—Privilegios.—Hoy como ayer.—Época de prosperidad.—Las corridas y el doctorado.—Toros en 1616.—Idem en 1629.—Por el na-	
---	--

Páginas.

- talicio de un príncipe.—En el siglo XVIII.
—Mejigangas.—Una silueta que se borra.. 351

TOLEDO

Capítulo XXVI

- Con motivo de la abdicación de Carlos V.—
Por el alumbramiento de una reina.—Las
mujeres públicas.—El estafermo.—Sastres
y procuradores enmascarados.—Toros y
cañas en Zocodover.—Palios por las muje-
res de la mancebía.—Noble prisionero.—
Lo que ya pasó..... 363

VALLADOLID

Capítulo XXVII

- Fiestas en 1592.—Idem en 1657 y 1658.—
Frailes toreros.—Los toros y las ánimas
benditas.—La Cofradía de Jesús.—Por la
canonización de San Pedro Regalado.—
Prosa y versos.—Las corridas de hoy.—
Por qué no se citan otros pueblos..... 371

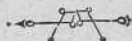
MADRID

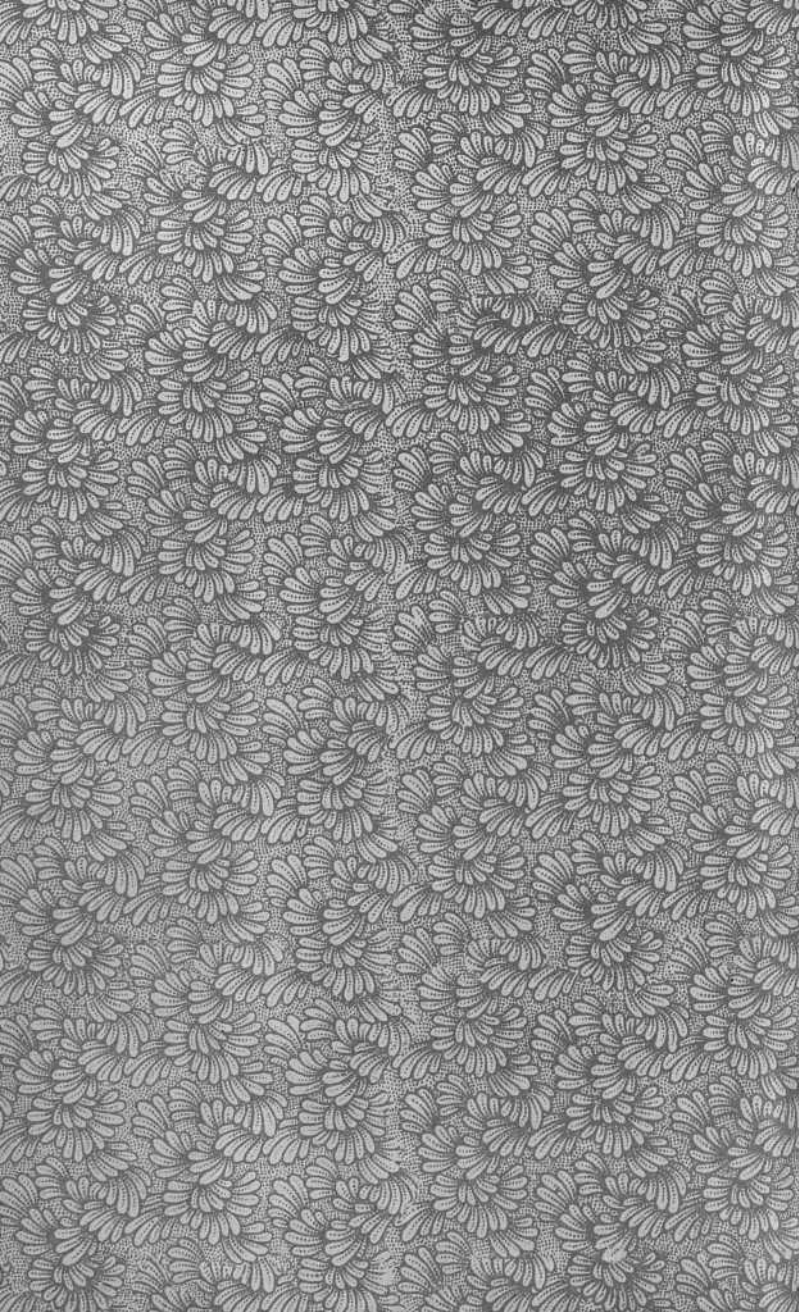
Capítulo XXVIII

- Por qué no se dedica mayor espacio á Madrid.
—Magnificencia del espectáculo en el siglo
XVII.—Quevedo revistero.—La carta de un
jesuita.—Lo que fueron las corridas cele-
bradas el día de San Juan de 1648.—Des-

Páginas.

cripciones en verso.—Volando más bajo.—
Malas corridas.—Nota festiva.—Los ver-
sos de un cura.—No hay empeños.—Los
chulos Pedro y Antonio Romero, Costilla-
res, Curro Guillén y Pepe-Illo.—Tema
fundamental.—Cómo se torea hoy.—El to-
reador y el torero.—Buscando el lucro.—
La vida del espectáculo.—El público ma-
drileño.—Corrida patriótica.—Maldición. . 379





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.. 33	Precio de la obra.....
Estante... 1	Precio de adquisición.....
Tabla..... 2	Valoración actual.....
Número de tomos.. ..	



33.

MILAN

CARTELES

DE GHO